

JOSÉ MARÍA ROSA

HISTORIA ARGENTINA

TOMO V

**LA CONFEDERACIÓN
(1841 – 1852)**

EL BIBLIOTE.COM



EDITORIAL ORIENTE S.A.

EDITORIAL ORIENTE S.A.
BUENOS AIRES

I

ENTRE DOS INTERVENCIONES
(1841-1842)

1. Inglaterra toma la iniciativa de la intervención.
2. Caaguazú, la victoria sin alas.
3. El terror de Buenos Aires (abril de 1842).

EL BIBLIOTE.COM

1. INGLATERRA TOMA LA INICIATIVA DE LA INTERVENCIÓN

La “uruguayidad”.

La intervención francesa se retiró del Plata ante la comprensible indignación de quienes fueron impulsados por Francia a lanzarse a una guerra civil. Satisfechas las indemnizaciones (que Rosas nunca se había negado a pagar) y la equivalencia de franceses con ingleses en las leyes de milicias, ningún reclamo internacional más cabía a los franceses, sin reconocerse beligerantes en la guerra interna. Mackau apenas si pudo sacarle a Rosas “la amistosa interposición” para amnistiar a los civiles que quisieran mantenerse tranquilos, y los militares que dejaran las armas; que el Restaurador de todos modos estaría obligado a conceder después de la victoria. Nada pudo hacer con los jefes, que quedaron obligados a producir *hechos ulteriores* “dignos de la clemencia y consideración del gobierno”. Tampoco nada por Rivera, lanzado a la guerra por el cónsul Roger, y por sus amigos que llegaron al gobierno oriental con la acción directa del almirante Leblanc.

Abandonar a Rivera era dejar la República Oriental a Oribe y su partido. La alianza argentino-oriental (de la República Oriental de Oribe) garantizaba en la otra Banda el “sistema americano” de un gobierno libre de influencias europeas como el consolidado por Rosas en la banda occidental, precisamente con la ayuda de Oribe y los suyos que vencieron a los “auxiliares” de Francia.

No era imprescindible que las divisiones argentinas interviniesen en el restablecimiento de Oribe, ya que los *blancos* — la mayoría indudable del país — se impondrían fácilmente sobre los *colorados* desprestigiados por su alianza con el extranjero. Pero todavía estaban los *farrapos* y los *unitarios* apoyando a don Frutos. Rosas aseguraba que ordenaría el retiro de los argentinos “a pedido de Oribe” cuando se retiraran las fuerzas extranjeras que apoyaban a Rivera.

Esto no entraba en la línea trazada por la política inglesa en el Plata. Aunque Oribe volviese por sus medios, siempre sería porque Rosas consiguió alejar el apoyo foráneo que era el sostén de Rivera. Significaba que la acción en ambas márgenes del Plata marcharía coordinada; y una cosa semejante era atentar contra la *uruguayidad* creada por Ponsonby en 1828 para servir a Inglaterra, que se basaba precisamente en la oposición y enemistad entre ambas orillas del Plata. La entrada de Oribe en Montevideo, después de alejados los extranjeros, restablecería el espíritu de la *Patria Vieja* de Artigas con su independencia absoluta de Europa y Brasil, sus gobiernos populares y su amistad con el occidente del Uruguay; lo opuesto precisamente a la *uruguayidad* de Ponsonby. No importaba que Oribe no firmase el Pacto Federal y la antigua *Provincia Oriental* no se reincorporase a la Confederación: los lazos de Buenos Aires y Montevideo serían íntimos y firmes, y no podían menos de serlo para mantener la independencia y soberanía comunes. La obra de 1828 se vendría por el suelo aunque se mantuviera la exterioridad de una “independencia” ya no favorable a Europa.

Palmerston lo comprendió. Llegado Mackau a Europa con su tratado, quiso imponer una “mediación” entre Rosas y Rivera con el pretexto que la guerra era “inhumanitaria y atroz”, y además perjudicaba al comercio inglés; en realidad para mantener a los *colorados* en Montevideo. Si se hubiera dado el caso contrario y el nacionalista Artigas estuviese en la Banda Oriental, Palmerston habría sostenido en Buenos Aires al Directorio. A la *uruguayidad* (como al *porteñismo* en su caso) habría que defenderla con todos los medios al alcance de Inglaterra, hasta las armas, contra los orientales y argentinos demasiado americanos.

No esperaba el canciller que se llegase a una intervención armada, pero estaba dispuesto a afrontarla porque era grande el interés en juego. A Rosas se le había aceptado, por el momento, su decantada *soberanía* en la parte occidental; pero permitirle el “sistema americano”, que pregonaban sus diarios, más allá de la Confederación, no habría de tolerarse.

Contra lo supuesto, la bandera de la *soberanía* había resultado excelente a Rosas para ganar la guerra contra Francia, pero ¿podría arrastrar a los argentinos a una guerra, fuera de su suelo, por la soberanía oriental? ¿Iría Rosas a un conflicto con Gran Bretaña y tal vez con Gran Bretaña y Francia aliada, esgrimiendo ese “sistema americano” que no todos entendían? ‘.

La “mediación” iniciada por Palmerston después del fracaso de la intervención francesa, tenía el propósito —que no tardó en revelarse— de provocar una intervención; pacífica si Rosas se allanaba, y guerrera si no comprendía razones. La “mediación” era para mantener la *uruguayidad*, y también para quebrar la soberanía argentina. Si Rosas amainaba, su prestigio sufriría un golpe rudo que haría posible llevarle a otras concesiones y finalmente al restablecimiento del régimen económico y financiero destruido en 1835 y 1836, y tal vez a una disgregación mayor del antiguo virreinato legalizando en independencia la autonomía paraguaya y haciendo con Entre Ríos y Corrientes un Estado distinto de la Confederación; la *uruguayidad* se completaría con la *paraguayidad* y con la *enterrriandad*. Si Rosas se oponía, sobran los medios para reducirlo sin emplear ejércitos terrestres: bastaba con una “demostración naval” que ocupase el Plata, Paraná y Uruguay y pusieran a salvo de la caballería de Rosas a los Estados segregados. No se ocuparían los ríos en una agresión contra la Argentina: solamente para defender la *libre navegación fluvial*. Y de paso se armarían “auxiliares” para defender otras libertades: de comercio, de prensa, de manejo oligárquico de la política, que

Pocos han comprendido la actitud de Palmerston en 1840 (llevada a su extremo por Peel y Aberdeen en 1841) como Manuel de Sarratea. Después de haber sido un defensor enconado de la *libertad* interna comprendió durante su estada en Londres en 1814 su verdadero alcance; y tras ser el gran enemigo de Artigas volvió de Europa convertido al federalismo y partidario del caudillaje. Es que el antiguo triunfiro tuvo un fino espíritu que le hizo captar la realidad bajo la hojarasca de las frases sonoras. Era ministro en París, cuando escribió a Alvear (ministro de Rosas en Norteamérica) el 1 de febrero de 1846:

“El objeto manifiesto de la Inglaterra es preparar las vías al dominio ulterior de los nuevos Estados de América, no de

¹ La mención del *sistema americano* empezó en los diarios de Rosas cuando las agresiones de Francia de 1838 contra varios países de Hispanoamérica; se usaría después, para definir la política de la Confederación en las cosas orientales. cooperarían a la caída del *tirano*.

una manera directa y palpable para no despertar celos y rivalidades, sino por una vía indirecta y que no sea percibida. Éste es el verdadero objeto de su política. Salvando al partido de que se trata (*el riverista*) y dejándolo en posesión del gobierno, no olvidará éste que aquellos a quienes debe su exaltación pueden sumergirlo en ruina segura si se desvía una línea de la fidelidad a que está obligado. Para sus miras ulteriores de retacear al país, segregando Entre Ríos, y Corrientes de la Confederación, tiene sus instrumentos seguros. Y por último el gobierno de Buenos Aires habrá recibido una lección severa para adoptar por línea de conducta en lo futuro el beneplácito previo de Inglaterra. Este plan, muy parecido al que ha seguido en la India, es bien preferible al protectorado con que lo convidó el mismo partido y rehusó sin duda porque hubiera suscitado rivalidades desagradables”².

Acuerdo anglofrancés y proyecto de mediación conjunta (mayo).

La “mediación” de Palmerston debería contemplar la posibilidad de la intervención armada —en caso de rechazarla Rosas—, y por lo tanto la participación de Francia se hacía conveniente.

Guizot estaba de acuerdo. Desde que se aprobó el tratado Mackau había comprendido la necesidad de una acción diplomática para salvar a quienes Francia había colocado en el gobierno de Montevideo. No hacerlo, redundaría en la pérdida de prestigio interno. Debería completarse lo obrado por Mackau con una “gestión amistosa”. Guizot lo dijo en la asamblea legislativa, para arrastrar el voto vacilante de los *chauvins* a aprobar lo hecho por Mackau: “Habría buenos oficios para que cesase la cruenta guerra que desgarraba ambas orillas del Plata, tan perjudicial para nuestro comercio y para nuestros súbditos”. Si perjudicaba relativamente el escaso comercio francés con Montevideo, eran muchos los vascos franceses que vivían en Montevideo —y también en Buenos Aires— escapados de su tierra natal, un poco por las malas condiciones de la vida en los bajos Pirineos y sobre todo para no hacer el servicio militar obligatorio que el gobierno de Luis Felipe acababa de restablecer³. Esos vascos, que no hablaban francés, darían el pretexto para mantener a Francia en el Plata.

El 15 de mayo de 1841, Guizot hizo saber a Ellauri⁴, agente del Estado Oriental en Europa, que estaba resuelta la acción conjunta anglofrancesa “*si se puede, pacíficamente*” para acabar la guerra en el Plata, y de Londres habían ido órdenes a Mandeville de presentar, juntamente con Lefebvre de Becourt, una seria *intimación* a Rosas.

Ellauri informaba a Montevideo, el 18, haberle asegurado Guizot que “llevando ésta (la mediación) un carácter pacífico en *apariencia*, que es siempre el más noble y más digno de las grandes potencias, de hecho vendría a *convertirse en armada* si la tenacidad de la parte centraría nos pusiera en el caso, que no creo, de rechazarse la mediación... El mismo Luis Felipe aseguró que, de acuerdo con la Inglaterra, haría que el señor Rosas *se estuviese* en la costa derecha del río de la Plata y nos dejase a nosotros quietos en la izquierda”.

Edulcorada con palabras amables, Palmerston anunciaba en el parlamento el 24 de mayo la “mediación *si es posible pacífica*”, contestando las críticas de Peel, jefe de los conservadores, por la lenidad británica en las cosas del Plata. Al día siguiente el canciller le informaba a Manuel Moreno que habían ido instrucciones a Mandeville para *ofertarle* a Rosas, juntamente con el representante francés, la inmediata terminación de la guerra. Moreno se adelantó a decirle que Rosas solamente aceptaría la paz después de la eliminación de Rivera y reposición de Oribe en el gobierno oriental.

Pedido de protectorado británico (febrero a diciembre).

Desde la firma del tratado Mackau se hablaba en Montevideo de un *protectorado* inglés “a la manera de las islas Jónicas” (sin perjuicio, según la modalidad de Rivera, de mantener la alianza con Río Grande y buscar al mismo tiempo el apoyo de Brasil). A principio de año hizo Rivera un petitorio verbal al cónsul inglés Hood para ser transmitido a Mandeville, y por éste a Palmerston. Así lo hizo Mandeville en nota del 17 de marzo.

Palmerston, dice Cady, acogió la idea “con muy poco entusiasmo”. No es que el dominio en el Uruguay le resultase indiferente, pues no otro fue el objeto de la política inglesa al crear al Estado Oriental, no consolidado por las dificultades de la agitación *cartista* y la reforma electoral de 1832. Rivera expresaba un viejo deseo británico, pero el uruguayo no era quién *para ofrecer* algo, que sólo tomaría Inglaterra con acuerdo de Francia y Brasil. Tampoco

Hubo —necesariamente debió haber— una gran incomprensión del significado de la “independencia” entre las dos facciones orientales. Para los *blancos* de Oribe eran traidores a la patria quienes fueron colocados en el gobierno, y se mantuvieron en él, con el apoyo de los europeos; para los *colorados* lo eran quienes venían con tuerzas argentinas a sacarlos de Montevideo. Algunos orientales contemporáneos hacen justicia distributiva repartiendo igualmente la culpa. Es un error. No sólo porque la presencia de divisiones argentinas en las tropas de Oribe estaba condicionada al retiro del apoyo francés e inglés a Montevideo, sino porque el mantenimiento de la soberanía oriental tenía *necesariamente* que contar con el apoyo de los occidentales. Otra cosa era quimérica.

No puede hacerse a Rosas, válidamente, el cargo de una intromisión en la política interna oriental. El gobierno de Oribe —cuando lo estableció en el Cerrito, frente a Montevideo— se desenvolvió con completa independencia de Rosas. La Confederación Argentina y el Estado Oriental eran sólo dos aliados en la lucha contra la prepotencia europea.

² Citado por Irazusta, Vida política de J. M. Rosas... (tomo V).

³ Se calculaban en 18.000 los franceses, en mayoría vascos, que habitaban Montevideo y sus alrededores. En Buenos Aires eran 20.000.

La denuncia de la emigración vasca a causa de la ley de servicio militar obligatorio se hizo en la asamblea legislativa francesa al tratarse en 1844 la política francesa en Montevideo. Fueron precisamente los diputados de los Bajos Pirineos quienes se opusieron a defender a los “desertores”.

⁴ El doctor José Ellauri era miembro destacado de la gran *familia* de los Obes, eje oligárquico de Montevideo. La primera generación la formaban Lucas Obes, Nicolás Herrera, José Ellauri, Jorge Pacheco, Julián Álvarez y Juan Andrés Gelly, cuñados entre sí. La segunda, que empezaba a destacarse en esos momentos, eran Melchor Pacheco y Obes, ministro de guerra de Montevideo, Manuel Herrera y Obes después ministro de relaciones exteriores, José Eduvigis Ellauri, más tarde presidente de la República, y Juan Andrés Gelly y Obes, ministro de guerra de Mitre. Palmerston tenía interés en *proteger* a Rivera, y prefería tomar la administración completa del turbulento país. El 7 de julio contestó a Mandeville que el gobierno británico “no deseaba asumir las graves responsabilidades” *a menos* de tener en sus manos “la administración general de los asuntos internos y la dirección de las relaciones exteriores (es decir el coloniaje liso y llano)” que únicamente podía conseguirse con el acuerdo de otras potencias interesadas. Para no deprimir a Rivera con una redonda negativa “debo indicarle —terminaba la nota— que no diga nada, ya sea para fomentar o desalentar el plan..., (de llevarse en forma oficial) Ud. se limitará a transmitirlo al gobierno de S. Majestad”.

En diciembre Mandeville viajaría a Montevideo para negociar un tratado de tráfico de esclavos. Vidal, ministro de relaciones exteriores, aprovechó para reiterarle *formalmente* el protectorado (5 de diciembre). Conforme a sus instrucciones el ministro inglés dijo que elevaría la propuesta a su gobierno, pero insinuó que *por el momento* le convenía más a Inglaterra un tratado de comercio con beneficios exclusivos, como podía ser la entrega de un asiento o factoría que sirviera de base al comercio y donde registrarían las leyes inglesas y no tuvieran vigor las medidas aduaneras. Vidal aceptó, pero insistiendo en el protectorado. Mandeville mandó la oferta a Londres al regresar a Buenos Aires al día siguiente.

La propuesta fue rechazada por el nuevo gabinete conservador de Peel, que había sucedido al liberal de Melbourne (del cual formaba parte Palmerston), el 3 de setiembre de 1841. Entre los motivos dados por lord Aberdeen, nuevo canciller, para “no tomar en cuenta nada que viniera de Rivera” estaba la poca seriedad de la oferta, pues Mandeville había informado a Londres el 11 de setiembre que Rivera gestionaba otro protectorado con el emperador de Brasil, reservándose el título de *Virrey* de la nueva Cisplatina. Para Aberdeen, y así lo decía a Mandeville, era más conveniente la negociación del tratado de comercio que el protectorado, “por el momento”.

Primera propuesta de mediación anglofrancesa (julio de 1841).

Mientras don Frutos ofrecía a todo el mundo el protectorado oriental, para salvarse de Rosas, se produjo en Buenos Aires la mediación de Mandeville y Lefebvre de Becourt, anunciada por Palmerston y Guizot. Mandeville presentó su nota el 28 de julio⁵; Lefebvre, que recibió tarde sus instrucciones, se acoplará *verbalmente* el 10 de agosto.

Para Rosas no había inconvenientes, por el contrario, en aceptar una mediación inglesa, pero bajo *cuatro* condiciones ineludibles: 1) que Oribe volviese a la presidencia oriental, restableciéndose las cosas al momento antes de la agresión francesa de 1838, 2) que Rivera, factor constante de las perturbaciones, fuese llevado a Europa por los ingleses, 3) se expulsase del Estado Oriental a los argentinos que conspiraban contra su gobierno, y 4) se independizasen a la Confederación los gastos de la guerra.

Cambio de política en Inglaterra (setiembre).

El gobierno *whig* de Melbourne, donde Palmerston ocupaba la Cancillería, se arrastró dificultosamente hasta mediados de 1841 combatido por la brillante oratoria de Roberto Peel y el grupo que ya empezaba a llamarse *conservador* abandonando la antigua denominación *tory*. Al predominio de las clases financieras e industriales, que fueron el sustento de los *whigs* desde 1832, los “conservadores” no antepusieron los intereses de los terratenientes (como lo habían hecho los antiguos *torys*), sino un entusiasmo patriótico, imperial, basado en la posición de Inglaterra como nación rectora del mundo.

El nacionalismo, nacido con el *whig* Pitt *senior* y continuado por el *tory* Pitt *junior* y sus discípulos Castlereagh y Canning, tuvo en Roberto Peel un brillante continuador. Los viejos *torys* que seguían la tradición de los intereses terratenientes de los *landlords* se agrupaban tras Wellington en la cámara de los pares, pero las nuevas promociones parlamentarias —los jóvenes “conservadores”— encontraron el liderazgo de Peel y lo habían hecho jefe de la oposición.

La misma renovación que se dejaba sentir entre los *torys*, llegaba a sus rivales tradicionales. Melbourne, contemporáneo de Fox, era un *whig* de veja escuela; en cambio Palmerston (que empezó su carrera política entre los *torys* de Canning) prefería llamarse “liberal”. No era sólo una cuestión de nombres: los jóvenes “liberales” como los viejos *whigs* se apoyaban en los comerciantes e industriales, pero aquéllos —como sus rivales los jóvenes “conservadores”— ponían el acento en lo nacional más que en la defensa de su clase. Su *imperialismo* era la preeminencia de toda Inglaterra, no de una clase social inglesa.

El nacionalismo, desbordado en Francia después de la revolución de 1830, pasaba del continente a la isla bajo el aspecto de una renovación de los antiguos partidos. Había menos diferencia entre los jóvenes liberales y conservadores, que entre los primeros y sus viejos correligionarios *whigs*, o los segundos con los *torys* que se sentaban en su mismo escaño en el parlamento. Aunque la tradición los obligaba a mantenerse juntos.

Pero no era lo mismo el imperialismo de los conservadores y el de los liberales. Peel atacaba la ruptura de la *entente* con Francia hecha por Palmerston y su intromisión en los asuntos del Cercano Oriente donde Inglaterra a su juicio, tenía poco que ganar. Su concepción del *imperialismo* era más territorial, a la manera de Canning: al dominio económico o financiero lo tenía por una etapa para la posesión física de los países poco desarrollados de América,

⁵ El ministro inglés había aprovechado la mediación para hacerse pagar por el gobierno de Montevideo todas las reclamaciones exigidas por los súbditos británicos, “como compensación de un esfuerzo que sabía infructuoso” supone Cady.

África y el Lejano Oriente, que la preponderancia de la marina inglesa ponía a su alcance. La *entente*, pagada con algunas migajas a Francia en el reparto, le permitiría a Inglaterra mantener el equilibrio —y por lo tanto la hegemonía— en el continente, mientras afianzaba el dominio en ultramar.

En cambio Palmerston seguía la línea imperialista de Castlereagh: lo importante era el poderío económico, asentado sobre una necesaria, pero prudente, influencia política. Lo demás, lírico y peligroso.

El 4 de junio de 1841 el gabinete Melbourne quedó en minoría por un voto de desconfianza presentado por Peel⁶, y apeló al electorado disolviendo el parlamento. Las nuevas elecciones se hicieron el 28 de junio y, como se suponía, fueron un triunfo opositor. Reunido el nuevo parlamento (3 de setiembre) dejó en minoría al gobierno, y la reina llamó a Peel que constituyó el gabinete con lord Aberdeen en el *Foreign Office*.

Sir Roberto Peel tenía 53 años. De una familia enriquecida en la industria, había entrado joven en los Comunes destacándose por sus palabras agresivas contra los católicos y su oposición cerrada a toda reforma electoral. Pero no era un doctrinario, sino un político. No sujetó su actuación a principios rígidos, y precisamente por su presión los *torys* aceptaron la reforma electoral de 1832, como más tarde la emancipación de los católicos. Ya he dicho que no era un *tory* sino un “conservados” que antepusieron la grandeza del Reino Unido a las Ideologías o ventajas de clase, aunque esa modalidad no era compartida por todos los suyos.

Su atractiva personalidad y grandes cualidades oratorias lo impusieron como jefe del partido a pesar de la resistencia de los viejos *torys*.

Jorge Hamilton-Gordon, conde de Aberdeen, pertenecía por su cuna a la más antigua aristocracia escocesa. Tenía 57 años en 1841. Lo destacaba una franqueza que llegaba al cinismo —como lo experimentó en 1844 el representante brasileño vizconde de Abrantes— y un patriótico desprecio por los extranjeros que servían a Inglaterra contra su patria de origen, como lo sabría Florencio Varela en su desdichada misión a Londres de 1843 (de ambas me ocupó más adelante).

La guerra del opio (1841-1842).

Característica de los procedimientos de Peel y Aberdeen fue la *guerra del opio* contra China, cuyos procedimientos (bloqueo del litoral, ocupación de los ríos, tratado de comercio favorable) veremos repetirse en la Argentina.

Esta guerra, iniciada por Palmerston en junio de 1840 por el bloqueo del litoral de Cantón y llevada a su extremo por Peel y Aberdeen, tuvo origen en la “defensa de la libertad” de vender opio a China. En 1839 el gobierno del Celeste Imperio prohibió la entrada de opio, que en grandes cantidades hacían comerciantes ingleses por el puerto de Cantón, y veinte mil fardos de opio fueron destruidos. Como medida de represalia la escuadra inglesa impuso el bloqueo de Cantón en 1840; no bastando, en 1841 fueron ocupados distintos puntos de la costa. Llegado al gobierno, Peel ordenó *medidas más eficaces*, y una escuadra de quince buques de guerra, cuatro vapores y algunos trasportes con 6.000 infantes de marina entró al río Kiang, se apoderó de Shangai y se dispuso a atacar a Nankín. El emperador se vio obligado a ceder. Por el tratado de *Nanking*, del 29 de agosto de 1842, China permitió la *libre venta* de opio, indemnizó a los introductores por las mercaderías destruidas en Cantón, pagó los gastos de guerra (tasados en 21 millones de pesos oro), cedió la isla de Hong-Kong y factorías en Shangai, Cantón y otros tres puertos para que los ingleses almacenaran sus productos.

No fue una guerra egoísta, e Inglaterra se jactó de haber dado la *libertad* (empezando por la de comprar opio) a los chinos, y abierto a las naciones civilizadas el ignoto Celeste Imperio. Por el antecedente, Francia conseguirá en 1844 un tratado para fundar misiones religiosas, escuelas y cementerios, bases de su penetración cultural.

La nueva política británica en el Plata.

Palmerston había actuado en el Plata, como en la China, con demasiadas contemplaciones, y para Peel y Aberdeen la mejor política ultramarina era llevarse todo por delante. Lo ganado en China lo demostraba. “Abandonaron la política (prudente) de Castlereagh y Canning entregándose a un desastroso experimento del uso de la fuerza” dice Ferns refiriéndose al Plata, sin comprender el paralelo con China, imprescindible para interpretar la política del gabinete conservador. El uso de la fuerza dio excelentes resultados en Asia, pero resultó contraproducente en la Confederación Argentina por que un hombre como Rosas estaba al frente del gobierno.

Peel y Aberdeen empezaron por amenazas, y siguieron con la fuerza. No querían una abierta guerra de conquista (como hacía Francia en Argelia), sino dosificada con prudencia para llegar al mismo resultado por un encadenamiento de hechos bélicos. Una *guerra sorda* sin declaración y con puritanas protestas de pacifismo y de humanidad. No se haría en nombre de Inglaterra para no provocar reacciones internas ni recelos en los países de Europa: se haría en nombre de principios superiores que permitieran reclutar nativos que luchasen por la *libertad* y la *humanidad*. Para una guerra así era conveniente, y hasta imprescindible, contar con la participación de Francia, pagándola con una parte de los beneficios⁷.

A la dominación indirecta del imperialismo a lo Castlereagh, seguiría la *guerra* sorda en nombre de valores universales. En la India se había hecho con óptimos resultados y el fruto estaba conseguido, en China se empezaba en 1841. A Francia se la contentaría con un poco de gloria, de extensión de la cultura francesa, y el visto bueno para las aventuras coloniales en otra parte —en Argelia y en Tahití— que se le permitiría.

Rosas, que en 1829 y 1835 significaba el orden interno sin el cual era ilusorio el comercio británico, no convino en

⁶La votación en los Comunes, en la cuestión de confianza planteada por Melbourne ante los ataques de Peel a su política económica (eran años de crisis por las malas cosechas), arrojó un *voto* de diferencia contra el gobierno (para un total que superaba los 400 presentes). Un grupo de jóvenes “liberales”, disconformes con la actitud demasiado *whig* de Melbourne, se había sumado a la oposición. El jefe de gabinete, conforme a los usos parlamentarios, pidió la disolución del parlamento y nuevas elecciones.

⁷Ninguna imposición imperialista se hace invocando sus conveniencias; siempre se busca un motivo de vigencia universal: la *humanidad*, la *civilización*, la *democracia*, el *derecho*, la *justicia social*, etc.

En 1838 Francia invocó el derecho y la civilización: Alberdi explicó que se había ido a Montevideo a combatir “por el derecho que el despotismo hollaba” también habló de la *civilización* en lucha contra la *barbarie*. Ahora, las matanzas de octubre de 1840 y la dura represión de la guerra civil, darían un nuevo motivo: la *humanidad*. Se movería una eficaz propaganda con los horrores cometidos por Rosas y la necesidad de reprimirlos. 1841 cuando ese orden amenazaba desbordar más allá de las fronteras que Inglaterra había señalado a la República Argentina. También la política liberadora de Rosas en la economía al dictar la ley de aduana y expropiar el Banco Nacional, debía necesariamente ser revista. La ley de aduana de 1835, hace notar Ferns, no fue objetada por el gobierno británico en el momento de dictarse por creerla “una manera de conciliar los intereses de las provincias interiores”, indispensables a Rosas para conseguir su adhesión; pero el aumento de aranceles en 1837 que completó la ley proteccionista, mostró que había algo más que una conveniencia política interna. Aquello era el “proteccionismo industrial” liso y llano. Palmerston se quejó a Mandeville —3 de enero de 1838— de descuidar la prédica de las virtudes del librecambio y no señalar eficazmente a los gobernantes “los perniciosos efectos de las altas tarifas en el comercio de ese país”. Pero Rosas, que tan convencidamente librecambista se había mostrado en 1831 y aún en 1834, parecía haber cambiado de idea.

Para Palmerston, seguía siendo el hombre indispensable para que el país no se precipitase en la anarquía (lo acaba de demostrar en la crisis de octubre de 1840), aunque exageraba sin duda con la política *americanista* en el Estado Oriental y la independencia económica a base de altas tarifas aduaneras y del manejo fiscal del Banco. Para Peel y Aberdeen, en 1841, era necesario forzarlo a límites razonables, o eliminarlo. La posibilidad de la anarquía atemorizaba al comercio inglés, es cierto, pero también era cierto que el gobernante argentino lo agitaba para tomarse ventajas que Inglaterra no debía concederle. Indudablemente la caída de Rosas sería la caída del orden, pero si perjudicaba a los ingleses más perjudicaría a Rosas y a los argentinos. ¿Hasta dónde jugaría ese fantasma el Restaurador? ¿No podían presentarse las cosas de modo que el mismo Rosas comprendiese, por las conveniencias de su país y de su gobierno, que no era posible seguir con el *bluff*?

Palmerston había entendido que para mantener a Rosas más acá del Uruguay, Inglaterra debía proceder con habilidad y sin forzar la guerra; lo demás —política arancelaria conveniente, restablecimiento de la preeminencia financiera— sería el corolario del achicamiento del Restaurador. Después de la lección de 1838 no convenía precipitar otra intervención. Peel y Aberdeen no procedieron con igual cautela.

La “libre navegación”.

Buenos Aires era el *puerto único* de la Confederación porque el transporte por el Paraná se hacía dificultoso a los buques de gran calado movidos a vela. Ni siquiera los franceses cuando dominaron el río entre 1839 y 1840 consiguieron que Corrientes —abierta a la libre entrada de los productos exteriores— pudiese comerciar útilmente con Montevideo. El transporte por el río en fragatas y

corbetas a vela era costoso, y no podía competir con el tráfico de las pequeñas embarcaciones —goletas o balleneras— que desde Buenos Aires re montaban el Paraná.

Fue Palmerston el primero en ver la posibilidad de un monopolio de buques ingleses a vapor en los ríos de Sudamérica. Su importancia como medio de penetrar al interior era innegable. Ya no sería necesario dominar políticamente a Buenos Aires para hacerse los dueños del interior.

El 15 de febrero (1841) Palmerston escribió al *Board of Trade*: “Hasta el presente el Plata, el Amazonas y el Orinoco y sus afluentes no han sido aprovechados para el tráfico comercial con el interior, pero en un futuro próximo (con la navegación a vapor) podrán usarse esas vías fluviales para los propósitos del comercio”. Por lo tanto convenía adelantarse haciendo reconocer por los Estados ribereños la *libre navegación* (palabras que encubrían la renuncia de la soberanía fluvial de los nativos).

La “libre navegación” del Rin había sido establecida por el congreso de Viena dada la cantidad de ducados, principados y ciudades libres que atravesaba. En 1831, al independizarse Bélgica de Holanda fue declarada libre la navegación del Escalda Por encontrarse Amberes —el solo puerto belga de ultramar— en su margen y quedar las bocas del río en jurisdicción de Holanda.

Valido de estos precedentes, de la mágica palabra libertad y sobre todo de la gran importancia que tenía en 1841 la navegación de los ríos americanos con propósitos comerciales, se esperaba que los nuevos Estados suscribieran tratados en ese sentido ⁸.

⁸ La *libre navegación* sonaba mejor que el *monopolio para steamboats* que gestionaría al poco tiempo el comisionado norteamericano en Paraguay Mr. Hopkins. La “libre navegación” significaba en la práctica el monopolio de buques a vapor ingleses, cuyo comercio preponderaba sobre el norteamericano. Francia, aunque tenía muchos vapores, no podía disputarle el privilegio, por las escasas mercaderías nacionales a trasportar.

Después del entusiasmo guerrero de 1840, el *chauvinismo* francés quedó deprimido por la desairada *reculée* de Thiers; sin que el desprestigio alcanzase al *león de la tribuna* a quien se lo tuvo por víctima de una intriga de palaciegos asustados por la posibilidad de la guerra (y no se andaba del todo descaminado). El nuevo gabinete, presidido nominalmente por Soult, tenía en Francisco Guizot, a cargo de la cartera de Relaciones Exteriores, su cabeza. Guizot —como Luis Felipe— quería mantener la alianza británica, el gran puntal de la monarquía de julio, para consolidarse contra la sorda oposición de las monarquías legitimistas de Europa y el clamor popular (bonapartista, católico a lo Lainennais, republicano, socialista a lo Luis Blanc y en algunas regiones —la Vendée, donde todos

El “memorándum del comercio británico” (diciembre).

Llegado al gobierno, Aberdeen hizo estudiar a los técnicos del *Foreign Office* un plan para la expansión comercial británica en Sudamérica. El 31 de diciembre quedó finalizado el *Memorandum on British Trade*.

La política expansionista debería partir de dos premisas: la necesidad de ampliar los mercados de consumo, y la conveniencia de acabar con los desórdenes políticos endémicos con el Nuevo Mundo austral. Estas dos bases estaban en contradicción en el caso Rosas, que si mantenía el orden en la Confederación Argentina, perjudicaba a los intereses británicos con su política nacionalista. Rosas acaba de demostrar que era fuerte en Buenos Aires, pero una diplomacia astuta podía desprender a sus vecinos y a las provincias argentinas de su influencia. Es cierto que desde 1809 Inglaterra había renunciado al empleo de la fuerza en Sudamérica, pero las circunstancias ya no eran las mismas. Sobre todo para mantener en Montevideo al partido opuesto a Rosas, donde era conveniente “un pequeño empleo de la fuerza... suficiente para defender Montevideo... que está clamando por la protección británica”. Claro que esa protección militar y naval tendría como preliminar un tratado “asegurando al comercio británico todos los privilegios”.

Ferns, que no toma en cuenta el antecedente de la *guerra del opio*, entiende que el *memorandum* “contenía en germen todos los errores que la política inglesa cometerá en los años venideros”. No “encuentra evidencia que el conde de Aberdeen basó en él conscientemente su política... (pero) la actitud que asumió muestra que lo movieron los mismos propósitos”.

Entrevistas Cowley-Guizot (febrero de 1842): se resuelve la intervención conjunta.

Consecuencias de la respuesta de Rosas a Mandeville, y el cambio de gabinete británico, fueron las órdenes a lord Cowley, embajador inglés en París, de entrevistarse con Guizot y planear la *acción conjunta* en el Plata.

En sus entrevistas en París de principios de febrero de 1842 Cowley ofreció a Guizot una *intervención conjunta* para “defender al Estado Oriental” de Rosas, y sacarle de paso al comercio francés las ventajas que el gobierno de Rivera había dado a los ingleses; también habló de la libre navegación de los ríos que podía convenir a Francia (constructora de *steamboats*) para compartir el comercio fluvial con Inglaterra. Guizot no se mostró entusiasmado, pero necesitaba la *entente* con Londres. Convino que un nuevo diplomático francés, el barón de Lurde, reemplazaría en Buenos Aires a Becourt que no andaba en buenos términos con Mandeville; entre ambos (Mandeville y de Lurde) presentarían a Rosas una *mediación* para respetar “la independencia” oriental, dando a entenderle la posibilidad de recurrirse a la fuerza en caso de rechazo.

“May impose”.

Puestos de acuerdo Cowley y Guizot, Lurde se embarcó para Buenos Aires. Al tiempo que Aberdeen informaba a Mandeville el 12 de marzo (1842) del carácter coercitivo de la nueva mediación.

“SI a pesar de todos los esfuerzos el gobierno de Buenos Aires rehusase aceptar la mediación y persistiera en una guerra que no se justifica por objetivos nacionales de ninguna especie y se sigue sólo por enemistad personal, informará Vd. al ministro de la Confederación Argentina que una *justa consideración por los Intereses comerciales... podría imponer* (may impose) *al gobierno de S.M. el deber de recurrir al empleo de otras medidas con el fin de apartar obstáculos que al presente interrumpen la navegación pacífica de esas aguas*”.

De este may impose (“podría imponer”), dice Ferns que salieron los infortunios subsiguientes (para Inglaterra) de la intervención armada. Para dicho autor el condicional *podría* (“may”) era en pluma de Aberdeen un *bluff* contra los muchos que Rosas hacía a Inglaterra, pero Mandeville lo entendió como un propósito real de emplear la fuerza ⁹.

Mientras llegaba la nota de Aberdeen, ocurrieron en Buenos Aires las escenas de abril de 1842 (que referiremos más adelante). Sarrautea, ministro argentino en París, supo de antemano las matanzas (con “tres meses de anticipación” dirá en una nota) suponiendo, por lo tanto, que hubo en ellas provocadores. Como la intervención armada entraba en las posibilidades de la conferencia de Cowley con Guizot y ésta no podía hacerse “por los intereses comerciales” sino en nombre de los principios elevados de *humanidad, civilización*, etc., surge la conjetura que estas escenas fueron dispuestas en febrero en Europa y provocadas en abril en Buenos Aires para dar pie a la política que habría de venir ¹⁰.

Rosas y Mandeville: primera conferencia (junio).

A principios de junio Mandeville recibió el despacho de Aberdeen con la amenaza condicional de la intervención; el 8 escribe a Vidal, ministro de relaciones exteriores de Montevideo: “Estoy habilitado para asegurar a V.E. que el

estaban con el duque de Burdeos, nieto de Carlos X—tesoneramente legitimista). Contra tantos enemigos exteriores e interiores, Luis Felipe y la burguesía no tenían otro asidero que Inglaterra. Por eso, pasados los sueños napoleónicos de Thiers, el buen sentido orleanista había vuelto a la cautela de Guizot y su entendimiento con Londres. De 1840 a 1848, Francia, pese a algunos estremecimientos patrióticos, andará a remolque de su poderosa aliada.

⁹ La tesis de Ferns trata de descargar en el representante inglés los errores del gabinete. Es posible que en 1842 Aberdeen se propusiera solamente un *bluff* amenazando a Rosas con una intervención armada, pero la actitud firme del gobernante argentino lo obligó a hacer realidad su amenaza.

¹⁰ Las logias tenían agentes infiltrados en el partido federal, en la política de Rosas y en la misma mazorca para cumplimentar una provocación.

Aberdeen reprochó a Mandeville en nota del 3 de agosto de 1842, citada por Ferns, por *no haber protestado con más empeño* y no haber traído el buque Inglés *Pearl* “para proteger la vida de los súbditos ingleses” haciendo mayor el escándalo. Mandeville sabía perfectamente que la presencia del *Pearl* frente a Buenos Aires hubiera “incrementado las matanzas” (F. O. 6/84 Mandeville to Aberdeen 15 oct. 1842).

gobierno de S.M. no es indiferente al bienestar y prosperidad de la República del Uruguay *como V.E. verá muy pronto por las medidas que se tomarán*”.

Debe partir a Montevideo para cambiar las ratificaciones del tratado de comercio, y va a despedirse de Rosas. Lo encuentra molesto porque Inglaterra, a quien consideraba su aliada, había reconocido el gobierno de Rivera y firmado pactos que importaban “un acto de asistencia a sus enemigos”. Mandeville le habla de la mediación conjunta que, por orden de su gobierno, presentaría apenas llegase el nuevo agente francés. Va más allá y escudándose “en mi doble carácter de ministro británico y amigo suyo” le aconseja a Rosas *meditar bien* la propuesta que le presentaría, “pues si dudaba en aceptarla, *esa duda podría ser fatal para su gobierno y para él mismo*”.

Según el informe de Mandeville “Rosas quedó un instante en silencio” como pesando las palabras; después “suavemente” habló de su promesa a Oribe y al partido federal de expulsar a los riveristas del gobierno de Montevideo, que no le era posible dejar de cumplir...

“Mi partido —siguió— se compone de gentes capaces de llevar armas; una guerrera y poderosa raza. No hay aristocracia en este país donde pueda apoyarse un gobierno: la opinión pública y las masas gobiernan. Ellas quieren la guerra contra la Banda Oriental, y si yo no la hiciera, estaría perdido... Yo me encuentro tan incapacitado para hacer la paz con Rivera como Luis Felipe para ratificar el tratado de tráfico con Inglaterra” ¹¹.

Entonces “poniéndose de pie y en la más solemne manera (*the most solemn manner*) agregó: “Cualquier cosa que me pasara a mí, no se podría responder por la vida de un solo extranjero en esta tierra... Sé perfectamente mi posición, y debe aconsejarle a lord Aberdeen que es él quien debe meditar bien las consecuencias de una política de intervención... Sé perfectamente que Gran Bretaña sola, y más Gran Bretaña unida a Francia podrán apoderarse de Buenos Aires con sus buques y tropas... ¿Y entonces, qué? Las guerrillas circundarían la ciudad y bien pronto los obligaríamos a ustedes a rendirse por hambre... Lo repito: ningún extranjero, pese a mis deseos, tendría asegurada, la vida en esta provincia... Yo estoy obligado a llevar la guerra a Rivera, como Inglaterra estuvo obligada a hacerlo con Bonaparte. No comprender eso, es no comprender lo evidente”. Después, bajando el tono, dijo como despedida al azorado ministro inglés: “Lamentaré mucho que las circunstancias me impidan aceptar los deseos del gobierno de Su Majestad” ¹².

Rosas y Mandeville (segunda conferencia: 12 de agosto).

Mandeville fue a Montevideo a canjear el tratado de comercio con Rivera. Lurde había llegado allí el 2 de agosto y el inglés y el francés fueron tocados infructuosamente por el gobierno oriental para que la mediación comprendiese también a Corrientes y se mandase una guarnición europea a proteger Montevideo.

Mandeville se adelantó solo a Buenos Aires a principios de agosto y pidió audiencia a Rosas, fijada para el 12 a la tarde. Estaba conversando con el gobernador en el despacho del Fuerte cuando se oyó una música marcial en la plaza. “¿Qué es esto? —dijo Rosas asomándose a una ventana (informe de Mandeville del 15)— yo no lo he ordenado”. La plaza estaba decorada con banderas. Mandeville preguntó la causa, que al parecer Rosas y él ignoraban, y un edecán les informó que era por el aniversario de la Reconquista, “hasta entonces jamás festejado”. “Yo no lo he ordenado”, repitió Rosas, agregando “es un acto espontáneo del pueblo”. Volviéndose a Mandeville le previno: “Hay una grande agitación en el pueblo, proveniente de su ida a Montevideo y haber concertado un tratado que significa a Rivera mucho más que una victoria. En el pensamiento del pueblo, Gran Bretaña se ha aliado con nuestros odiados enemigos, y todos los extranjeros, los ingleses tanto como los otros, se encontrarán en grande peligro si algo me pasara a mí”.

Mandeville oyó un grito: “¡Mueran los ingleses!”. Rosas recordó al ministro cómo durante la crisis entre Inglaterra y Francia de 1840 “se cobijaron los buques ingleses bajo las baterías de Buenos Aires a causa de la superior fuerza naval francesa que había en el río de la Plata, porque se esperaba por momentos la declaración de guerra entre ambas naciones”; entonces no se gritaba *¡mueran los ingleses!* en las calles de Buenos Aires. Con estas significativas palabras despidió al amedrentado diplomático ¹³.

La mediación (30 de agosto).

A poco llegaba Lurde a Buenos Aires con las instrucciones de plegarse a Mandeville. El inglés temía un rompimiento estruendoso, y la *mediación obligatoria* fue presentada en una forma original: ambos ministros visitaron a Arana el 24 de agosto y “conversaron” de *los buenos oficios para hacer cesar la guerra* que a juicio de Mandeville podrían ser:

- a) Un armisticio hasta el 15 de marzo de 1843, en que cesaba el período presidencial de Rivera, comprometiéndose ambos ejércitos a mantener sus posiciones.
- b) Una amnistía amplia que permitiese regresar a Oribe y los suyos a la República Oriental y presentarse a las elecciones.

Mandeville creía conformar a Rosas, porque la propuesta no significaba a éste el reconocimiento de Rivera; Arana quedó en informar esa misma tarde al gobernador.

La respuesta fue entregada por Arana a Mandeville el 29; Rosas quería que la proposición se le hiciese por escrito.

¹¹ La oposición parlamentaria hizo fracasar el tratado de tráfico entre Inglaterra y Francia; al patriotismo francés molestaba el “derecho de visita” de los cruceros ingleses. No fue posible vencerla a Luis Felipe, pese a sus compromisos con Inglaterra y sus deseos de extinguir la esclavitud.

¹² Ferns reconstruye la escena tomando como base la nota de Mandeville de 7 de julio de 1842 obrante en el *Foreign Office* (6/84).

¹³ La reconstrucción de la entrevista la hace Ferns sobre la base de la nota de Mandeville a Aberdeen (F. O. 6/84 del 14 de agosto de 1842).

Mandeville redactó la nota que entregó a Arana al día siguiente —30— firmada solamente por él, pues De Lurde tenía solamente instrucciones de “plegarse” al inglés.

Hacía referencias a la intención de Rosas de reponer a Oribe, que descartaba “por inadmisibles”; no mencionaba las bases de la pacificación dándolas por sobrentendidas —“justas y razonables” las califica— y no hacía amenaza alguna. El tono era de exagerada amabilidad mencionando *la rectitud de espíritu y generosidad de carácter de Rosas*; los “buenos oficios” solamente se presentaban “por bien de la humanidad y prosperidad de ambas Repúblicas”.

Rosas, por pluma de Arana, responderá el 18 de octubre agradeciendo los *buenos oficios*, pero rechazándolos porque “la guerra que sostiene el gobierno argentino se funda en el principio de la propia conservación”; y por eso estaba obligado a llevar sus armas a quien “ha desolado y saqueado la provincia de Entre Ríos, negociando con Santa Fe, como lo había hecho antes con Corrientes, una autorización para presidir la guerra con la República Argentina”.

Sometida la respuesta a la junta de representantes, ésta la aprobó el 16 de noviembre, acordando “un voto de gracias” a Rosas “por el celo y patriotismo con que ha sostenido los derechos de la Confederación Argentina”.

2. CAAGUAZÚ, LA VICTORIA SIN ALAS

Por qué siguió la guerra.

El perdón para los “auxiliares” gestionado por Mackau en 1840, había sido rechazado altivamente por éstos. Vimos la respuesta de Lavalle al capitán Halley en Ranchos; Ferré, desde Corrientes, dictó un decreto el 25 de noviembre (1840):

“El Vicealmirante ha llamado sobre sí la indignación y el desprecio de los argentinos... ha tenido la fatuidad de pedir para ellos (*los libertadores*) un perdón que sólo necesita el sangriento tirano... Los ejércitos de la provincia, el Libertador y el de Reserva (que estaba formándose en esos momentos bajo la dirección de Paz), tocan ya con sus lanzas ese poder despótico... ellos y los de nuestros aliados (los orientales) podrán ser deshechos, pero no perecerán sin honor, ni serán desarmados por tan ridícula y cobarde maniobra”.

Había algo más que altivez criolla en la respuesta de los enemigos de Rosas. La *reculée* de Mackau no podía ser definitiva, a menos que se hubieran trastrocado las conveniencias de los países comerciales. Francia abandonaba la causa de la civilización en Sudamérica sólo por el momento. Solucionadas sus diferencias con Inglaterra, el nuevo gabinete (Soult-Guizot) volvería para recobrar el honor francés (“pisoteado por Rosas” decía Varela) y no sería extraño que Inglaterra la acompañase en la emergencia. Rosas se había agrandado demasiado ante las naciones europeas para permitir que quedase en Buenos Aires. Todo consistía, pues, en aguantarse y esperar. Mientras Lavalle y Lamadrid hacían una guerra de recursos en el noroeste, Ferré estrecharía su alianza con Rivera y levantaría con los sufridos correntinos otro *Ejército de Reserva*.

Rivera buscó por todas partes —Río Grande, Brasil, Inglaterra— yo contra la invasión indudable de Rosas y Oribe apenas se desembarazasen de Lavalle y Lamadrid. A los *farrapos* les ofreció, reservadamente, restablecer el tratado de Cangüé pero en términos mejores porque ahora tenía otra carta en su mano: formar una federación con Río Grande, la República Oriental y Corrientes. Mientras en el oído de los *caramurús* el antiguo barón de Taenarimbó susurraba, también reservadamente, el restablecimiento de la Cisplatina ofreciéndose como Virrey; y a los ingleses les proponía, en reserva, un protectorado británico “a la manera de las islas Jónicas”¹⁴. Ingenuamente Rivera obraba como si no existiesen servicios de informaciones, y sus propuestas quedasen ignoradas a las demás cancillerías. Los únicos que creyeron en sus palabras —tal vez por no disponer de “servicios de informaciones”— fueron los *farrapos* de Río Grande.

El general Paz en Corrientes.

En los primeros días de agosto de 1840, Paz llegó a Santa Lucía (Corrientes). Había salido en julio de Montevideo llamado por Forré, y a su paso por Punta Gorda (después de *Sauce Grande*) convino con Lavalle en levantar un *Ejército Correntino de Reserva* para suplir al *Correntino Libertador* que Lavalle se llevaba a Buenos Aires.

El 10 de agosto fue nombrado por Ferré jefe de “todas las fuerzas correntinas”. En el campamento de *Ábalos* se echó las bases del *Ejército de Reserva* llamándose a leva general en la provincia. Se destinaron a la oficialidad quienes habían cursado las primeras letras, de allí que se los llamase *escueleros*.

Ferré, con su habitual dinamismo, puso a contribución toda la provincia. No bastaba con soldados, y se ingenió para encontrar armas, pólvora, caballos, trasportes. El campamento, trasladado luego a *Villanueva*, cerca de Mercedes, contaba a fin de 1840, con 2.000 reclutas regularmente armados e instruidos.

Rivera, que otra vez se había retirado a su campamento de Durazno —y desde allí estaba en contacto con los *farrapos* para dar cima a la *Federación del Uruguay*—, obstaculizó a Paz en toda forma. Secuestró una carta de la esposa de Paz informando a su marido desde Montevideo la facilidad del gobierno de Buenos Aires para darle pasaporte, y que le traía “un recado para vos de parte de él (Arana) y de Rosas”. Valiéndose de ella, Rivera acusó a Paz de entenderse con Rosas. Paz sostuvo que Rivera había tenido esa carta en su poder desde mayo (de 1840) y la exhibía ahora para apoderarse del ejército ya formado. Renunció a éste, pero Ferré lo mantuvo, contra Rivera, sin dar mayor importancia a la carta ¹⁵.

¹⁴ Antes hemos visto la suerte de la gestión inglesa; de la *Federación del Uruguay* me ocupo más adelante.

¹⁵ La extraña fuga de Paz de Buenos Aires, esta carta con su *recado* tan comprometedor y las facilidades brindadas por el gobierno de Rosas a la señora de Paz para irse tras su marido, dieron margen a la conjetura de encontrarse secretamente comprometido el general con el Restaurador. La suposición, que hicieron correr los amigos de Rivera, perjudicó mucho la acción de Paz.

El *Ejército de Operaciones* de Echagüe, inmovilizado por las lluvias y la crecida de los ríos, dejó pasar la primavera de 1840, limitándose a hostilizar con algunas guerrillas los aprestos de Paz. Además Echagüe temía que Lavalle (que estaba en Santa Fe en octubre) cruzase el Paraná si abandonaba su posición en Bajada.

Difícil situación de Echagüe en Entre Ríos.

Internándose Lavalle hacia Córdoba en noviembre de 1840 al tiempo de llegar a la Bajada la noticia del tratado Mackau, era presumible que Echagüe con su fuerte ejército —reforzado con infantería y artillería— marchase contra Corrientes a desbaratar los preparativos de Paz y Ferré. No lo hizo, fuera de algunas partidas sueltas que hostilizaron el campamento de Villanueva.

Es que la situación del ejército de Operaciones no estaba consolidada. Si Echagüe avanzaba hacia Corrientes, podía encontrarse entre dos fuegos: los *escueleros* de Paz en Villanueva y el ejército de Rivera que podía cruzar el Uruguay y tomarle de flanco. El dominio fluvial seguía en los enemigos de la Confederación; se habían ido las corbetas francesas, pero la escuadrilla oriental de Coe estaba intacta y sin enemigos en Montevideo. A eso se juntaban los celos entre los jefes federales que amenazaban una grave crisis. Juan Pablo López, resentido con Rosas porque había preferido a Oribe en el ejército de *Vanguardia*, prestaba oído a los agentes de Rivera; y en Concepción del Uruguay, Urquiza, comandante del departamento Segundo (la costa del Uruguay), aspiraba a suceder a Echagüe en el bienio de Entre Ríos (que éste finalizaría en 1841), y podía pasarse a Rivera si no se le complacía.

Justo José de Urquiza había empezado su vida política en el bando de López Jordán, que junto con Lavalle se sublevó contra Solá en 1830. Arrepentido, se pasó después a los federales. Era hombre de considerable fortuna —que acrecería cuantiosamente— y de gran prestigio en las márgenes del Uruguay; como militar se destacó en *Pago Largo*, *Cagancha*, *Don Cristóbal* y *Sauce Grande* a las órdenes de Echagüe. No estaba del todo alejado de sus antiguos correligionarios unitarios, de cuyo contacto se encargaba su amigo Benito Chain que hacía periódicos viajes por motivos comerciales entre Concepción del Uruguay y Montevideo.

La escuadra de la Confederación.

En el campamento de Santos Lugares, Rosas conducía la guerra como una partida de ajedrez, al tiempo de proveer con actividad las necesidades militares de los ejércitos.

No era solamente por tierra que se resolvería la lucha. Levantado el bloqueo, Rosas reconstruyó la escuadra fluvial argentina sobre la base de los buques devueltos por los Franceses. Su propósito, expresado en cartas a Pacheco de 29 de octubre y 6 de noviembre de 1840, quedó demorado por la dificultad de encontrar marineros a causa de las altas pagas de éstos al reabrirse Buenos Aires al comercio internacional. Sólo a mediados de enero consiguió enrolar una pequeña tripulación, que el 2 de febrero puso a las órdenes de Brown.

El almirante estaba retirado del servicio activo desde la revolución de diciembre de 1828, en la que tomó parte por solidaridad con sus compañeros de armas. Disgustado con el rumbo impreso por los unitarios, el viejo *Bruno* —como lo llamaba Rosas— había pedido su baja. En julio de 1838, a solicitud de Rosas, aceptó comandar la escuadrilla oriental de Oribe, imposibilitada de entrar en combate por la actitud de los franceses. Volvió a su casa de Barracas, hasta que Rosas lo llamó al servicio en febrero de 1841.

Brown, con su gran prestigio (“su nombre es una hueste” informaba el cónsul inglés Hood, en Montevideo), superó las dificultades que parecían invencibles: falta de oficiales, de tripulación, de buques. A fines de febrero la escuadrilla estuvo preparada; el 31 de marzo Brown se presentó ante Montevideo desafiando a la oriental mandada por Coe; el 24 de mayo éste intentó una salida pero fue batido. El combate, aunque no era decisivo, será festejado como un triunfo en Buenos Aires; un segundo encuentro ante la barra del *Santa Lucía* el 3 de agosto afirmó la superioridad de la Confederación.

No obstante, Brown no quedó conforme con el resultado, atribuyendo falta de lealtad a algunos de sus oficiales. La salud mental del veterano se resentía con los años y la vida de a bordo. “Tal vez no puede gobernarse a sí mismo —escribía Hood a Mandeville— pero su espíritu enfermo puede curarse por la concentración de su ejercicio favorito”. Brown desconfiaba de todos, y Rosas, el único escuchado con respeto por el almirante, debía extremarse para quitarle su hipocondría ¹⁶.

Reforzada la escuadrilla argentina con la adquisición de un excelente buque sueco para la navegación fluvial —bautizado por Rosas *San Martín*—, Brown estaría otra vez frente a Montevideo en diciembre.

Ruptura de la alianza correntino-oriental. Tratado con Río Grande (5 de julio de 1841).

Rivera necesitaba contar con Corrientes para los fines de su política: se tratase del protectorado británico o de la *Federación del Uruguay* ofrecida a Bento Gonçalves.

La *Federación del Uruguay* —“*Uruguay Mór*” (Mayor) la llaman los autores brasileños— consistía en 1841 en la liga de Río Grande, el Estado Oriental y Corrientes; más tarde se agregó Entre Ríos y la posibilidad de Santa Fe y Paraguay. Como veremos, no fue del todo ajena la diplomacia inglesa a este proyecto, que de cumplirse debilitaba a Brasil y a la Confederación Argentina.

El 5 de julio de 1841 Rivera y Bento Gonçalves, en nombre respectivamente del Estado Oriental y la República de Río Grande, conciertan un *acuerdo secreto* de ayuda mutua (los *farrapos* necesitaban caballos, y Rivera soldados). A poco, el oriental, que había intrigado contra Paz sin obtener que se lo desplazase del ejército de *Reserva*, se dirige a

¹⁶ Fuera de una desconfianza enfermiza y el convencimiento que “sus enemigos lo querían envenenar”, la mente de Brown razonaba normalmente. Era el suyo un *delirio sistematizado*, tal vez por la muerte trágica de su hija, y sólo encontraba consuelo en el cumplimiento de sus deberes profesionales.

Ferré —17 de agosto— protestando por el nombramiento del general Ángel M. Núñez como jefe de la primera división del ejército correntino, amenazando con disolver, si no se lo satisfacía, la alianza de 1838 ¹⁷.

Era un pretexto, porque Rivera no era hombre de manejarse por pasiones. La protesta por el nombramiento de Núñez, como el rechazo de Julián Paz como delegado correntino, se debían exclusivamente al deseo de mostrar a Ferré su disgusto. Mientras estuviese Paz al frente del ejército de Reserva, Rivera no sería el “Director de la guerra” y no podía girar a Corrientes ante los *farrapos* ni los ingleses. Paz, que comprendía que sin el apoyo oriental Corrientes no estaba en condiciones de resistir, quiso renunciar otra vez al mando del ejército. Pero Ferré se empeñó en mantenerlo.

No obstante el rompimiento de la alianza oriental (que para Corrientes sólo había significado unos pocos pesos —5.000— traídos de Montevideo por Amado Bonpland en julio de 1840), la conversión de Juan Pablo López que mandaría a fines de octubre un comisionado a Corrientes —el coronel Ramón Ruiz Moreno— con poderes para una alianza secreta, y la posibilidad de una defección de Urquiza del campo federal, hicieron suponer a Ferré y a Paz que podía reemplazarse ventajosamente el apoyo de Rivera con una insurrección de todo el litoral argentino contra Rosas.

“Sería muy útil entenderse con Urquiza —escribe Paz a Ferré el 23 de agosto— que si se ve apurado se echará en brazos de Rivera”.

Avance de Echagüe (setiembre).

Rosas estaba al tanto de las veleidades de *Mascarilla*, pero no le dio importancia considerándolo, con justicia, “un pelafustán”; a Urquiza lo mantuvo en el campo federal insinuándole la posibilidad de gobernar Entre Ríos. Y, asegurado que la escuadrilla de Coe no podía salir de Montevideo, ordenó a Echagüe el avance sobre Corrientes para destruir el ejército de Paz ¹⁸ (ver mapa en pág. 55).

El 12 de setiembre Echagüe se puso en marcha desde Villaguay con 3.500 hombres de caballería, una excelente artillería de doce bocas al mando de Thorne y la división de infantería de 1.000 hombres que había impuesto respeto a Lavalle en *Sauce Grande*. El 2 de octubre su vanguardia, mandada por Servando Gómez, cruzaba el Mocoretá y entraba en Corrientes; el 8 estaba en Pago Largo ¹⁹.

Según el libelo *La vida de un traidor* (publicado en 1851), Urquiza —que no venía en el ejército— “despachó a Montevideo a su íntimo amigo y confidente Benito Chain a comunicar todo el plan de campaña con los más minuciosos de de la composición del ejército”.

Tratado secreto de Corrientes y Santa Fe (5 de noviembre).

Ante el avance de Echagüe, Paz levantó el campamento de Villa nueva internándose hacia el río Corrientes. Su plan era alejar a los federales de sus bases llevándolos al interior de la provincia, con táctica del “campo arrasado”, porque no tenía tropas ni armamento suficiente para presentar batalla en la frontera.

Al tiempo de producirse la ofensiva de Echagüe, llegaba a Corrientes (mediados de octubre) el coronel Ruiz Moreno con plenipotencias de Juan Pablo López. Sin declararse abiertamente contra Rosas, López proponía una alianza *secreta*. (Según Cervera, *Mascarilla* jugaba a dos puntas: mostraba su descontento a Rosas por el nombramiento de Oribe, en la esperanza que aquél lo satisficiera con otro mando de importancia, y buscaba un contacto con Ferré y Paz por si el viento soplabá de su lado).

En *Saladas*, cerca del nuevo campamento de Paz al norte del río Corrientes, se llevaron las negociaciones entre Santiago Derqui como delegado correntino y Ruiz Moreno en nombre de Santa Fe. El 5 de noviembre se firmó el tratado *secreto* “para derrocar al sangriento tirano de Buenos Aires y sus sostenedores restituyendo por este medio la paz y la libertad a la República”.

Santa Fe retiraría, cuando llegase el momento oportuno, las relaciones exteriores a Rosas “por haber traicionado la confianza de los pueblos”; militarmente López se comprometió a obrar sobre Bajada (Paraná) debiendo Corrientes facilitarle embarcaciones para cruzar sus tropas que atacarían a Echagüe por retaguardia.

Corrientes dio los trasportes, pero López no hizo el cruce. Tenía pocos veteranos, y las milicias santafesinas no estaban dispuestas a combatir del lado unitario. Es presumible que López esperaba la definición de la ofensiva de Echagüe para dar la cara de frente, como lo cree Cervera.

Entendimiento con Paraguay.

La situación política de Paraguay —como veremos más adelante— había cambiado totalmente con la muerte del *Supremo*, Rodríguez de Francia, el 20 de setiembre de 1840. En marzo de 1841 se había reunido el congreso paraguayo nombrando a dos *cónsules* —Mariano Roque Alonso y Carlos Antonio López— resueltos a salir del aislamiento prolongado casi treinta años.

¹⁷ La alianza había empezado con el convenio que Olazábal concluyó en diciembre de 1838 a nombre de Berón de Astrada. Fue ratificada en Paysandú el 27 de agosto de 1840 por Acosta a nombre de Ferré, y Bustamante con poderes de Rivera. El mal estado de las relaciones de Rivera y Ferré se exteriorizaría en junio por el fracaso de una misión de Julián Paz (hermano del general) ante el presidente oriental a fin de concertar una acción simultánea.

¹⁸ Juan Pablo López solamente tenía en Santa Fe el prestigio que le daba ser hermano de Estanislao; el valor político de Urquiza era distinto, y Rosas debía contemplarlo. Aspiraba a gobernar Entre Ríos en sustitución de Echagüe quo terminaba su período en diciembre (1842), y era

unánimemente apoyado por ser entrerriano, que le daba ventaja sobre Echagüe nacido en Santa Fe. Entraba en los cálculos de Rosas la elección de Urquiza en Entre Ríos y pasar a Echagüe a Santa Fe en sustitución de *Mascarilla*.

¹⁹ Servando Gómez era oriental de Paysandú. Estaba enrolado en el ejército de Operaciones desde los años de *Pago Largo* y *Cagancha*, donde su actuación no fue lucida. Tenía el grado de brigadier general.

Ferré buscó entenderse con Paraguay. El 30 de abril mandó a Asunción a Juan Mateo Arriola para estudiar la posibilidad de “establecer relaciones oficiales entre ambos pueblos”. Aunque oficialmente Paraguay no había declarado su independencia, debería “persuadir (a los cónsules) que Corrientes tiene interés en conservar la *independencia y soberanía del Paraguay*”, gestionando a cambio de su reconocimiento “una franca manifestación respecto a Corrientes”.

Arriola informó favorablemente y el 18 de junio Ferré nombró a Gregorio Valdez y al mismo Arriola para firmar el 31 de julio en Asunción un tratado de *amistad y comercio*. Los paraguayos tendrían libre tránsito por el territorio y aguas de Corrientes, pero los correntinos sólo podían llegar con sus buques a Villa del Pilar sin acercarse a Asunción. Se dejó para más adelante fijar los límites, porque los delegados correntinos dijeron que los documentos de mostrativos de sus derechos estaban en los archivos de Buenos Aires. Por el momento Paraguay retendría las Misiones al norte de Paraná y los pueblos extinguidos de *Tranquera de Loreto*, *Corpus* y *Candelaria* sobre la margen sur del río, quedando Corrientes con el resto de las Misiones al sur del Paraná y las costas del Uruguay.

Misiones era repartida provisionalmente entre paraguayos y correntinos. En defensa de Ferré se ha dicho que el tratado mejoraba los límites concedidos por Belgrano en nombre de la junta en 1811, donde se daba a Paraguay las misiones al sur del Paraná hasta la línea de las vertientes (más o menos el centro de la actual provincia de Misiones). Pero el tratado de Belgrano no señalaba límites internacionales pues Paraguay seguía integrando las Provincias Unidas; solamente resolvía una cuestión de hecho, emergente de la extinción de la provincia de Misiones.

Lo cierto es que Ferré, para atraerse el apoyo de Paraguay lo incitaba a declarar su independencia de la Argentina y le daba límites que los paraguayos no ocupaban porque hasta entonces no habían avanzado más allá de *Itapúa* (Villa Encarnación) en la margen derecha del Paraná.

Relaciones con la Coalición del Norte.

Las informaciones que llegaron a Corrientes de la guerra en el noroeste fueron demasiado optimistas. Siguiendo el curso del Bermejo, desde Orán hasta su desembocadura, llegaron en abril de 1841 noticias optimistas sobre la ocupación de La Rioja por Lavalle y la formación de un ejército que operaría sobre Cuyo. Creyendo triunfante a la Coalición, Ferré despachó por el mismo camino el 12 de agosto al doctor Francisco Solano Cabrera como representante de Corrientes “para reclamar su sitio” en la liga de provincias que luchaban contra “el tirano”. Pero Cabrera llegó a Orán ya producido el desmoronamiento de la resistencia antirrosista, y nada pudo hacer.

El 7 de noviembre arribaron a Corrientes por el Chaco, los restos de las tropas (correntinas en su mayoría) desprendidas del ejército *libertador* en Salta el 28 de setiembre después de la derrota de *Famaillá*. Eran 500 veteranos, entre soldados y mandados por Salas y Ocampo. No obstante traer la mala noticia de la derrota de *Famaillá* el 19 de setiembre, paliada por suposición de una victoriosa campaña de Lamadrid en Cuyo y el propósito de Lavalle de hacer una guerra de recursos en la quebrada, los expedicionarios fueron recibidos en triunfo por Ferré y trasladados al acantonamiento de Paz en *Caaguazú*.

Caaguazú (29 de noviembre).

Con ese refuerzo, Paz llegó a tener en su campamento, frente al paso de *Caaguazú* (“yerbas grandes”) sobre el río Corrientes y cerca del Payubre, un ejército de 3.200 plazas, en su mayor parte de caballería, y cinco cañones (uno solo de calibre 12). Contra ellos venía el ejército de Echagüe fuerte de 5.000 con 1.000 de infantería y doce cañones grandes. La superioridad federal era aplastante.

Pero Paz valía más que su ejército. Su famosa táctica le valdría el triunfo. Había alejado a Echagüe de sus bases haciéndole atravesar una tierra inhóspita y poco menos que arrasada entre el río Corrientes y el sur de la provincia, atacándole constantemente con partidas sueltas de guerrilleros; en Mercedes consiguió apresar nada menos que al ministro de Echagüe, Benítez, ejecutado inmediatamente por “activo cooperador del enemigo”. No puede hacerse un cargo a Paz, porque la *guerra a muerte* era de rigor.

Ante la proximidad de Echagüe, Paz vadeó el río Corrientes por el paso de *Caaguazú* dejando al ejército federal la posición donde tuvo su campamento. Echagüe cometió el error de acampar allí en vez de atravesar el río. Es lo que quería Paz, que teniendo a Echagüe encajonado entre los ríos Corrientes y Payubre, repasó el *Caaguazú* sorprendiéndolo.

La batalla fue una jugada audaz de ajedrez. Paz simuló una derrota de la caballería de Núñez que atrajo la caballería federal a una emboscada. Pudo derrotar las dos alas federales, y el centro con los cañones de Thorne y la división de infantería quedó rodeado por la caballería enemiga y sin posibilidad de retirarse.

1.300 entre muertos y heridos, 800 prisioneros, 9 cañones y todo el parque en poder del enemigo fue la magnitud de la derrota de Echagüe.

Éste consiguió salvar apenas tres cañones y contada fuerza de Infantería. Dando por perdida a Entre Ríos, marchó directamente a Buenos Aires. Al saber el triunfo de Paz, Rosas ordenó a Oribe y Pacheco que dejaran el norte y viniesen con premura en apoyo de Entre Ríos. La situación se había tornado peligrosa (ver mapa en pág. 55).

Después de Caaguazú; Río Grande.

El ejército de *Operaciones* federal había desaparecido. La formidable victoria de Paz encontró repercusiones inmediatas en la actitud que tomaron Juan Pablo López, Rivera y Bento Gonçalves.

Ya Río Grande había mandado un comisionado a Corrientes (cuyo nombre no da el historiador correntino Hernán F. Gómez que refiere el hecho en su libro *La victoria de Caa Guazú*) ofreciendo a Ferré 800 *farrapos*, con la sola obligación para el gobernador de proveerlos de caballos ²⁰. Aunque las instrucciones del comisionado eran del 2 de

²⁰ La larga guerra *farroupilha* había extinguido prácticamente los caballos de Río Grande. En los acuerdos de Rivera con Bento Gonçalves, de Cangüé en adelante, el oriental se comprometía a proveer caballos a cambio de gente (que al parecer sobran en Río Grande).

noviembre, llegó a Corrientes según Gómez después de la batalla. Bento Gonçalves venía en socorro de quien consideraba su aliado (pues Rivera había jugado a Corrientes en el pacto del 5 de julio). Pero Ferré, falto de caballos y por no estar aclarada su situación con Rivera, rechazó amablemente la ayuda.

Urquiza gobernador de Entre Ríos y jefe del ejército de Operaciones (diciembre).

El 15 de diciembre Urquiza fue elegido gobernador de Entre Ríos por el congreso de la Bajada (Paraná). Rosas se apresuró a reconocerlo “con la benevolencia fraternal que corresponde”, porque tenía resuelta la sustitución de Echagüe desde antes de Caaguazú.

Nombró también a Urquiza general del destruido ejército de *Operaciones*, reducido apenas a 500 hombres con tres cañones.

“Pronunciamiento” de Juan Pablo López (diciembre).

Sabida la derrota de Echagüe en *Caaguazú*, López exteriorizó su pronunciamiento robando los caballos de la División Reserva del ejército federal, acuartelada al sur de la provincia de Santa Fe, y apoderándose de las partidas que iban de Santos Lugares para reforzar a Oribe.

Rosas circuló el 1 de enero a los gobernadores y generales federales que López “se había quitado la máscara”, y preparó una pequeña fuerza que puso a las órdenes de Echagüe para recuperar Santa Fe.

Rivera cruza el Uruguay (enero de 1842).

Caaguazú también sacó a Rivera de su inmovilidad. El 14 de enero escribe a Ferré que cruzaba el Uruguay con su ejército “para deponer la situación de Entre Ríos”.

Avance del ejército de Paz.

No hubo en toda la guerra batalla más decisiva que *Caaguazú*, y ninguna menos aprovechada. Para oponerse al avance de Paz, apenas contaba Rosas con las tropas reunidas en Santos Lugares para reforzar los ejércitos que operaban en el interior. Si Paz, apoyándose en Juan Pablo López, hubiera cruzado el Paraná y marchado sobre Buenos Aires antes que llegasen de Tucumán y Mendoza las fuerzas de Oribe y Pacheco, la situación sería gravísima para Rosas.

Pero nada ocurrió. Ferré, Paz, Rivera y Juan Pablo López eran cuatro socios que se miraban de reojo y desconfiaban mutuamente. Después del espléndido triunfo militar, los errores se acumularon para esterilizar la victoria. Ferré, receloso de Paz cuyo prestigio había subido a las nubes después de la batalla, le mezquinaba ayuda para seguir la ofensiva; Paz desconfiaba que Rivera viniese a apoyar a Urquiza (a pesar de su declaración) o a apoderarse del gobierno de Entre Ríos. Y a *Mascarilla* nadie lo tomaba en serio.

Al saber que Rivera cruzaba efectivamente el Uruguay, Paz se puso en marcha desde Caaguazú. Había estado inmóvil mes y medio después de su victoria, actitud que sólo puede explicarse por los rece los de Ferré. El 23 de enero, a marchas forzadas, llegó a la altura de Villaguay, y Urquiza con los 500 sobrevivientes del ejército de Operaciones prefirió retirarse a Gualaguay para cruzar a la provincia de Buenos Aires²¹. Consiguió eludir la división de Núñez que Paz mandó a cortar la retirada, y embarcado en unos transportes (los caballos lo hicieron a nado) llegó a *Tonelero* sobre la margen derecha del Paraná.

El 26 de enero la Bajada caía sin combatir en manos del general Ramírez, a las órdenes de Paz. Resultó fácil imponer a la legislatura la anulación del nombramiento de Urquiza y designar en su reemplazo al vecino Pedro Pablo Seguí (29 de enero). Cinco días después Paz entraba en la villa (ver mapa en pág. 55).

Tercera derrota de la escuadrilla oriental (9 de diciembre).

Paz no pudo o no quiso cruzar el río, y reforzado en Santa Fe por Juan Pablo López, marchar sobre Buenos Aires. Tal vez no lo hizo por faltarle apoyo fluvial: la escuadrilla de Coe acababa de ser derrotada por tercera vez —de manera aplastante— por Brown en Montevideo el 9 de diciembre. Ante esta nueva derrota, desengañado de Coe el, gobierno de *Montevideo*, pondría a Garibaldi al frente de una nueva escuadrilla.

Después de la pérdida de la *República Juliana*, que junto con el farrapo David Canabarro formó en Santa Catalina federándola a Río Grande, y perdidos los puertos por los revolucionarios, Garibaldi se había visto obligado a cesar en sus actividades de corsario riograndense. Escapó a Montevideo, gestionó y obtuvo el perdón del Imperio (18 de setiembre de 1841) y quedó libre para servir allí a *la libertad*.

La presencia de Garibaldi al frente de la escuadra montevideana, obligó a Brown a quedar ante Montevideo y prepararse para un combate naval de envergadura. Para hostilizar a Paz e impedir su cruce a Santa Fe, Rosas mandó algunas embarcaciones menores al mando del capitán Juan F. Seguí.

²¹ Se acusó a Urquiza de estar entendido con Rivera, a pesar de —o tal vez por— las declaraciones de éste que cruzaba el Uruguay para “deponer la situación de Entre Ríos”. Según esta versión, de la que se hizo eco Paz, Rivera habría ido a Entre Ríos para sostener a Urquiza contra Paz y Ferré, pero receloso Urquiza de la marcha lenta del presidente oriental, y disgustado por las tropelías que sus tropas hacían en Concepción del Uruguay, prefirió escapar al *Tonelero* a ponerse bajo la protección de Rosas, dejando para otra oportunidad más segura su conversión al antirrosismo (*La vida de un traidor* citada, se hace eco de ella).

En Entre Ríos, la ocupación de Rivera desolaba la costa del Uruguay, de la que sacaba gente y caballadas para la Banda Oriental; pero la conducta del ejército de Paz en la costa del Paraná no era mejor²². Ferré, llegado a la Bajada, quitó a Paz el “derecho de confiscar”, que le habla dado después de Caaguazú “por necesidades de guerra”; pero exigió al gobernador Seguí que Entre Ríos indemnizase a Corrientes por la invasión de Echagüe en 1839.

Guerrilla del Chacho (abril de 1842 a enero de 1843).

Al recibir la noticia de *Caaguazú* la *Comisión Argentina* de Chile²³ preparó una expedición para cruzar los Andes frente a *Copiapó* y atacar a Oribe y Maza por retaguardia, retardando así su marcha al litoral. A su frente iría el comandante Ángel Vicente Peñaloza, llamado *el Chacho*.

Alsina escribe a Ferré el 2 de marzo que “según datos robustos y atendibles, al venir Maza con su batallón de Catamarca a Córdoba ha sido aniquilado en los Llanos por el benemérito y fiel Peñaloza (alias *Chacho*), que según noticias positivas de Chile debía salir de Copiapó a fines de enero para La Rioja donde es el hombre que todo lo puede”.

El *Chacho* no había salido para esa fecha, ni derrotado a Maza. Con la poca tropa que pudo reclutarle la *Comisión Argentina*, ante la benevolencia del gobierno chileno que preparaba la ocupación del estrecho de Magallanes, y por lo tanto le convenía causarle molestias a Rosas, saldrá de Coquimbo después del 5 de abril. Pudo entrar en La Rioja y Catamarca, pero fue vencido en *Manantial*, cerca de Tucumán, el 18 de julio por las fuerzas combinadas de Benavidez y Gutiérrez, gobernadores de San Juan y Tucumán. No obstante, mantendrá su guerrilla hasta que Benavidez consiguió vencerlo definitivamente en los bañados de *Illisca*, el 15 de enero de 1843. Volvió a Chile, y desde allí gestionó de Rosas por intermedio de Benavidez su amnistía.

Indefectible caída de Rosas (marzo de 1842).

“En el brillante estado actual de las cosas todos miran como indefectible la caída del monstruo” —escribe Alsina a Ferré desde Montevideo el 2 de marzo, pero agrega—: “Verdad es que él hace, en todo género, esfuerzos de gigante; pero ellos se estrellarán contra la decisión y unión de ustedes a quienes ha cabido el honor de estar al frente de la redención argentina”.

Rosas desde su campamento de Santos Lugares coordina la defensa. Los ejércitos diseminados en el interior convergerían sobre Santa Fe: Pacheco, salido de Cuyo a principios de febrero, se encuentra el 26 en Río IV; Maza, que dejó Catamarca al mismo tiempo, está a fines de febrero en Córdoba juntándose a principios de marzo en *Fraile Muerto* con Oribe que venía de Tucumán; Garzón, que custodiaba Río Seco, saldrá el 8 de marzo a unirse con Oribe.

Eran cuatro mil hombres del *Ejército de Vanguardia* que marchaban al litoral. La defensa del noroeste contra una operación a hacerse desde Chile —Rosas tuvo informes de los preparativos del *Chacho*— fue dejado a las guarniciones y milicias provinciales de Aldao, Benavidez y Celedonio Gutiérrez.

Rosas preparó una fuerza para operar contra Santa Fe, que puso a las órdenes de Echagüe. El ejército de *Operaciones*, ahora mandado por Urquiza, llegó en el Tonelero a 3.000 plazas con sus caballadas en buenas condiciones (la preocupación principal de Rosas). Estaba a la expectativa de la actitud de Paz y podía cruzar a Entre Ríos en la escuadrilla de Seguí si las circunstancias lo requerían.

Pero no bastaba para oponerse a una ofensiva unitaria.

Dislocamiento del ejército unitario.

Paz tenía 4.000 soldados en Paraná, Juan Pablo López decía contar con 2.500 en Santa Fe, igual número mandaba Rivera en Entre Ríos, y otros tantos reservaba en su campamento de Durazno. ¿Cómo pudo detenerse esa formidable ofensiva?

No fueron solamente los recelos entre los jefes. También hubo la continua desertión que diezmó a las tropas antirrosistas entre enero y abril. *Mascarilla*, pronunciado abiertamente contra los federales en diciembre (1841), encontrará que los santafesinos no quieren obedecerle; esperó tener un ejército de 2.500 plazas, y la desertión resultó tan grande, que en marzo apenas reunía 500. Paz, que entró a la Bajada en diciembre, notaba la hostilidad de la población y aun del gobierno de Seguí por los saqueos a que se entregaron los correntinos a sus órdenes en la costa del Paraná, y los orientales de Rivera en las del Uruguay.

²² Paz en sus *Memorias* atribuye los desórdenes a las funestas consecuencias de las “indemnizaciones” exigidas por Ferré a los entrerrianos, y éste a su vez, en las suyas, las atribuye a Paz que buscaba hacerse prestigio entre los soldados.

²³ La *Comisión Argentina* de Chile se había formado en 1840 en Santiago. La presidía el general Las Heras, integrándola José Luis Calle, Martín Zapata, Domingo de Oro, Domingo F. Sarmiento y Joaquín Godoy.

En homenaje a Las Heras, es de creer que su presidencia sería honoraria y no tuvo parte en la *guerra a muerte* que la Comisión aconsejaba desde su cómodo retiro chileno. En agosto de 1841, Calle en nombre de la *Comisión* escribía a Brizuela: “Sería conveniente que todos los malvados que empuñan las armas a favor de Rosas tuviesen la evidencia que han de morir si caen en manos de sus enemigos. Para que los hombres viles y cobardes del interior que se manifiestan partidarios de Rosas, se decidan en el acto contra éste y ayuden a V. E. en la empresa que dirige, es preciso que sepan evidentemente que perderán la fortuna y la vida si continúan siendo lo que han sido hasta ahora” (repr. por Saldías).

En las *Máximas de guerra*, que se atribuyen a Sarmiento, aconsejaba la *Comisión* a Lamadrid, todavía en Cuyo:

“Debe darse muerte a todos los prisioneros y a todos los enemigos”.

“Debe manifestarse un brazo de fierro y no tenerse consideración con nadie”.

“Debe tratarse de igual modo a los capitalistas que no presten socorros”.

“Es preciso desplegar un rigor formidable”.

“Todos los medios de obrar son buenos y deben emplearse sin vacilaciones”.

El *Chacho* no siguió estas máximas en su expedición de 1842, que veinte años más tarde emplearía Sarmiento en contra suyo.

Paz, gobernador de Entre Ríos (12 de mayo).

Guerrillas federales brotaron espontáneamente en Entre Ríos: partidas al mando de Hereñú, Páez y demás cabecillas se levantaron en toda la provincia, que en *Nogoyá* vencieron y mataron al comandante unitario Ostrez. Paz en sus *Memorias* dice que Rivera las fomentaba.

Rivera tenía el propósito de separar a Entre Ríos y Corrientes de la Confederación Argentina y federarlas con el Estado Oriental y Río Grande en su magna *Federación del Uruguay*. Paz atribuye a esos propósitos que fomentase las guerrillas federales “persuadiéndose neciamente que esos hombres le quedarían suyos... (aunque) fueron ellos más tarde sus más encarnizados enemigos”.

La situación del ejército de *Reserva*, acampado cerca de Bajada, resultó desastrosa, a pesar de la victoria. Los correntinos no desertaban para irse a los campamentos federales, como los santafesinos y entrerrianos, pero no querían cruzar el Paraná. Como se corrió esa voz, muchos soldados se volvieron a Corrientes. “Nada es más cierto —explica Paz la desaparición de su ejército— que cuando el soldado miliciano (correntino) adquiere algo en la guerra, trata luego de desertar para asegurar lo que ha adquirido... cuenta pronto volver a los lugares de su afección”.

Para cruzar el Paraná y, reforzado con las milicias santafesinas de Juan Pablo López, lanzarse sobre Buenos Aires, era imprescindible a Paz independizarse de Ferré, opuesto a llevar la guerra más allá de la mesopotamia. Pensó en formar un *Directorio Supremo* semejante al establecido en Córdoba en 1830, a cuyas órdenes estuvieran las tropas entrerrianas y santafesinas, y desde luego su ejército. Dio instrucciones a Derqui en ese sentido para tratar con los representantes de Entre Ríos y Santa Fe, debiendo contribuir cada una de estas provincias con dos mil hombres.

Era absurdo, porque no había tantos entrerrianos ni santafesinos capaces de remontar un contingente semejante y menos para luchar en favor de los unitarios. La población de ambas provincias era federal, como y podía saberlo Paz; si se los enganchaba por la fuerza, no tardaban en desertar. Los únicos que peleaban por la *libertad* eran los correntinos; no porque creyesen en ella sino porque les gustaba pelear.

Molesto con Ferré a quien atribuía falta de cooperación, preparó la maniobra para quedarse al frente de las tropas y desprenderse del gobernador de Corrientes. Le hizo saber (Ferré estaba en la Bajada) el 6 de marzo que se retiraría a Corrientes a ver a su familia, pidiéndole la licencia consiguiente. La aprovechó para hacer correr voz que había sido separado del mando, porque sabía el valor que se daba a su nombre. La amedrentada sala provincial lo nombró gobernador de Entre Ríos el 12 de marzo, para que se quedara en la provincia con el ejército.

El objetivo de Paz era desprenderse de la tutela de Ferré, y llevar el ejército —o lo que pudiera del ejército— más allá del Paraná. Mal aconsejado por sus amigos (Leiva, Derqui) creyó que su prestigio por Caaguazú le permitiría ese paso. Se equivocó de medio a medio: el ejército correntino siguió correntino y obediente a Ferré. Algunos entrerrianos (el cura Álvarez de Paraná, Antonio María Castro, el doctor Andrade) le hicieron creer que la provincia estaría con él si se separaba de Ferré; pero lo abandonaron apenas Urquiza pisó la provincia.

El triste gobierno entrerriano de Paz.

Paz asumió el gobierno con Florencio del Rivero (entrerriano) como ministro de gobierno y Derqui (cordobés) de hacienda y guerra. Del ejército consiguió solamente que lo siguieran —dice Ferré— “quienes no eran correntinos —unos negros remitidos desde Montevideo— y 200 prisioneros de Caaguazú, únicos que habían quedado de los 800 tomados porque los demás escaparon”. El grueso, fiel a Corrientes, fue puesto por Ferré a las órdenes de Vicente Ramírez, ordenándole retirarse a su provincia.

El paso del vencedor de *Caaguazú* resultó peor que un descalabro. Quedó en la Bajada “a merced de los acontecimientos” con un plantel de esclavos manumitidos y un grupo de prisioneros federales por todo apoyo. El cura Álvarez, presidente de la sala, que lo había incitado a romper con Ferré, se puso en correspondencia con Urquiza que estaba en el Tonelero; lo mismo hizo el ministro del Rivero.

Aislado y en peligro en la Bajada porque Oribe y Echagüe se acercaban a Santa Fe y en el río dominaba la escuadrilla federal de Seguí, Paz debió retirarse a Nogoyá, en el centro de la provincia. Su idea era establecer un campamento y remontar sus tropas, como lo había hecho en Córdoba en 1829 y en Corrientes poco antes. Pero su viaje a través de una campaña sublevada sin recibir socorros de la población, enemiga en su totalidad, y hostigado de cerca por las guerrillas federales, fue desastroso. Debió dejar el amor propio a un lado y pedir ayuda a Rivera y a Ferré, pero ambos se desentendieron. Los doscientos prisioneros federales incorporados como “escolta”, acabaron por escaparse, y acompañado sólo de los negros y un pequeño plantel de oficiales (que en total no pasaban de 60 hombres) pudo entrar en Nogoyá. Supo allí que el cura Álvarez lo había hecho deponer por la sala y ésta reconocía a Urquiza como *gobernador legal*; que Juan Pablo López, derrotado por Echagüe en *Coronda* el 12 de abril, escapaba por el Chaco hacia Corrientes; y que Oribe con Echagüe entraron sin inconvenientes en Santa Fe el 16 de abril.

Desde Nogoyá, Paz y su tétrica comitiva siguieron a Gualaguay a ponerse bajo la protección de Rivera. No era hora de acordarse de cosas pasadas.

Tratado de Galarza (12 de abril).

Con Paz venía Domingo Crespo, delegado de Juan Pablo López para firmar una alianza con Rivera; el gobernador de Santa Fe lo había comisionado poco antes de escapar al Chaco.

Rivera les hizo firmar el tratado de *Galarza*, algunas leguas al norte de Gualaguay. Bustamante por el Estado Oriental, Derqui por “Entre Ríos” y Crespo por “Santa Fe” suscribieron seriamente el 12 de abril el convenio de ese nombre, aunque a los “gobernadores” Paz y López nadie les obedecía. Pero Rivera quería aparentar, por lo menos en el papel, *el mando de todas las fuerzas militares de las provincias litorales y la facultad de dirigir a nombre de ellos las relaciones exteriores*. Los “gobiernos” de Entre Ríos y Santa Fe no significaban nada, pero esperaba que Corrientes lo suscribiese y se plegase a la unión que llevaría a la *Federación del Uruguay* bajo su hegemonía. Mientras Paz, resignadamente entregado a Rivera, aceptaba el convenio, y delegaba su cargo de gobernador nominal de Entre Ríos en Mariano Calvento, señalado por Rivera, Derqui era mandado a Corrientes para conseguir la accesión de Ferré. Pero el correntino se negó por el momento. Sólo cuando apretaran las cosas aceptará la jefatura de Rivera.

Paz quedó en *Gualaguay*, a las órdenes de Rivera. Disgustado porque no se le tenía en cuenta para nada, acabó por instalarse en Concepción del Uruguay.

3. EL TERROR EN BUENOS AIRES (abril de 1842)

Los trágicos ocho días de abril de 1842.

La angustia que produjo a los federales la noticia del desastre de *Caaguazú*, sabida en diciembre de 1841, tuvo su contragolpe al saberse la disolución de la ofensiva unitaria a principios de abril. Ocurrió entonces un distendimiento de nervios semejante al de octubre de 1840.

Los treinta días de octubre de 1840 y los ocho de abril de 1842 son llamados *del terror rojo*. En ambos ocurren las mismas circunstancias: expectativa por la aproximación de Lavalle en 1840 y de Paz en 1842, ausencia de guardias en la ciudad movilizadas en Santos Lugares, noticia de haber desaparecido el peligro con la retirada de Lavalle en setiembre de 1840 y la crisis de Paz en abril de 1842, y ausencia de Rosas en ambas oportunidades que se encuentra en el campamento de Santos Lugares organizando la defensa.

Hay diferencias. Más prolongado —treinta días— el terror de 1840, más breve —ocho— el de 1842, más sangriento este último que llegó a 38 víctimas contra 20 del *mes rojo* de 1840. En 1840 la turbamulta no invadió los domicilios particulares y las víctimas fueron transeúntes que ambulaban de noche; en 1842 las matanzas ocurrieron a veces a la luz del día y se violaron las residencias.

¿Qué pasó? “Un cansancio de la guerra —dice Manuel Gálvez—, una desesperación de la guerra inacabable. Creyóse que el tratado con Francia traería la paz. Creyóse luego que la muerte de Lavalle, Brizuela, Cubas, Acha y Avellaneda y la derrota y fuga de Lamadrid, darían término al derrame de sangre, a la destrucción, a las privaciones, a las donaciones de dinero para formar y mantener ejércitos. Y he aquí que todo empieza otra vez. Es muy humano el odio de los fieles de Rosas a los que han iniciado la nueva coalición, a los que quieren seguir ensangrentando la patria, seguir destruyéndola: a Paz, a Juan Pablo López, a Rivera”.

Muchas cosas anuncian el estado de ánimo en Buenos Aires. El 18 de marzo Rosas ha restablecido el “¡*Mueran los salvajes unitarios!*” de los documentos oficiales y alerta de los serenos (suprimido en 1839 a pedido de Mandeville). Rosas le daba valor para contener y amedrentar a los enemigos internos. Los fusilamientos “por orden del gobernador” han sido constantes en 1841: conspiradores, jefes y oficiales prisioneros de Rodeo del Medio (entre ellos cuatro sacerdotes) No todos son unitarios ni enemigos de Rosas: se fusila por “traidor” a Calixto Vera, aquel pariente de Rivadavia que entregó a éste en 1838, se regocijó en 1840 por la muerte de su hermano Mariano, incitó a Juan Pablo López en 1841, de quien era ministro, a pronunciarse contra Rosas para abandonarle cuando lo vio perdido; también a Florencio del Rivero, el ministro de Paz en el efímero gobierno de Entre Ríos, que dejó al *manco* y quiso pasarse a los federales.

El *terror rojo* se prolongará del 11 al 19 de abril. Ocurren cosas espectaculares. Dupuy, un panadero francés, es degollado de noche y su cabeza aparece colgada en San Nicolás; Esteban Llana, un español, es muerto en Barracas y la cabeza arrojada al pie de la pirámide en la plaza de la Victoria; Serafín Taboada, otro español, es matado de un tiro al salir del teatro; Juan Manuel Eguilaz, también español, muerto en pleno día en una calle central y su cadáver quemado allí mismo.

Las víctimas espectaculares son españoles, matados a los gritos ¡*mueran los extranjeros!*; hay también un francés. Los criollos, en cambio, fueron sacrificados en silencio. Lo curioso es que ninguna de las víctimas es unitaria, a lo menos de figuración; ni vinculado con los unitarios.

¿Son crímenes ordenados por Rosas a la *mazorca* en el deseo de intimidar a los unitarios? Así lo creen algunos, entre ellos Gálvez, descontando que por la índole de las víctimas (hay un tullido de pies y manos, un ciego y un demente) “Rosas no ha indicado los nombres de los que debían morir”²⁴. Han estado a punto de ser muertos por la turba conspicuos federales como el doctor Baldomero García, diputado y juez, y un hermano de Mariano Maza que trajo las banderas tomadas a Lavalle en Famaillá. Sarratea, ministro en París, se entera en el mes de junio, en la capital francesa, de “los desafueros cometidos por la mazorca en Buenos Aires”. Al confirmar, a fines de agosto, las matanzas

²⁴ ¿Actuó la *mazorca* como agente provocador o represivo de los desórdenes populares? La impresión imparcial debe asignarle este último papel. En su n° 6, del 31 de agosto de 1843, el *Archivo Americano* explicaba que la *mazorca* debió proceder con rigor contra quienes fomentaban los desórdenes:

“Este fue el papel honroso que desempeñaron (los *mazorqueros*) en los meses de octubre y abril, cuyos desórdenes le han sido imputados, cuando en realidad a ellos se debió, en gran parte, su cesación. Todos los agentes del poder, todos los amigos del general Rosas rivalizaron en celo para cortar estos males que estallaron como un rayo en medio de una sociedad profundamente conmovida e irritada. Las familias más expuestas al odio público solicitaron con confianza el auxilio y amparo de la Sociedad Popular, a quien la prensa de Montevideo ha dado por escarnio el nombre de *mazorca* mientras muchos unitarios le deben la vida.

“La Sociedad Popular (éste es su verdadero nombre) no es un club ni una logia; al contrario, esos ciudadanos son los enemigos más decididos de las sociedades secretas, y el solo nombre de logias o de logistas los llena de indignación y horror. Esta Sociedad no es otra cosa que una reunión de ciudadanos federales, vecinos y propietarios, amantes de la libertad, del honor y de la dignidad de la patria”.

de abril, encuentra que fueron conocidas en Francia antes de producirse porque en tan corto tiempo la noticia no podía atravesar el océano. “Esto me revela —escribe a Arana el 30 de agosto— el secreto de la logia de Montevideo... las ocurrencias de abril se han estado dando como acontecimientos nada menos que tres meses (antes)... y más tarde las hemos visto realizadas... He atribuido la catástrofe del mes de abril a los manejos de la logia de Montevideo (por) la inflamación de las pasiones entre aquellos a quienes excita una colisión. Poco les importa que sus propios amigos sean sacrificados como tengan un medio poderoso para hacer odioso al gobierno, y en esta ocasión han conseguido su objeto”.

“La presencia de agentes provocadores pertenecientes a la logia de Montevideo en la crisis de abril de 1842 —comenta Irazusta la carta de Sarratea— cuadra perfectamente con el maquiavelismo de los métodos seguidos por los hombres que falsificaban documentos para difamar a su adversario (poco antes había circulado una carta de Rosas con la firma litografiada insultando a los nuevos gobernantes paraguayos con el propósito de enemistarlos con él), que predicaban el asesinato político como armas de buena guerra y mendigaban la intervención europea a cualquier precio”.

Otra diferencia entre las matanzas de abril de 1842 con las de octubre de 1840 fue el número de extranjeros sacrificados; también el grito ¡*mueran los extranjeros!* que acompañó al de ¡*mueran los unitarios!* Muchos de los muertos eran españoles (que no tenían cónsul, y no eran rigurosamente considerados extranjeros), un solo francés y ningún inglés. Aberdeen reprochará a Mandeville no haber dado órdenes al navío de guerra *Forte* de ponerse en la rada para proteger la vida de los ingleses; pero Mandeville no quiso hacerlo porque temió que la presencia del *Forte* enardeciera los ánimos. Se limitó a pedirle a Rosas una pública advertencia para que cesaran los desmanes.

Advertencia de Rosas.

El 19 de abril —el 11 habla empezado la “efervescencia popular” como decía *La Gaceta*— Rosas se dirigió al jefe de policía ordenándole patrullar las calles del centro, “extramuros” y pueblos vecinos “para hacer desaparecer tanto escándalo”, debiendo a los asesinos o sospechosos llevarlos engrillados a la cárcel pública. Mandó una circular a todos los jefes civiles y militares de la campaña “para decir que el *Excmo.* señor Gobernador, etc.... ha mirado con el más serio profundo desagrado los escandalosos asesinatos que se han cometido en estos últimos días”.

Las escenas de terror desaparecieron instantáneamente dejando el saldo de 38 víctimas en los ocho días transcurridos. Más breve en su duración, pero más intenso y espectacular que el terror de octubre del 40, el de abril del 42 será aprovechado con gran fruto por los partidarios de la intervención europea. El *Niles Register* de Londres, del 24 de setiembre, clamaba por “los sentimientos de humanidad que reclaman abiertamente por la intervención de las grandes potencias que pongan fin a tan repugnantes y sangrientas escenas”. Aberdeen atribuyó directamente a Rosas, según Cady, “la espantosa orgía de desmanes en términos de una severidad inusitada para expresar su horror y desagrado”; el mismo autor dice que “el *Foreign Office* se inundó de cartas, memoriales y solicitudes donde se pedía en bien del comercio británico y de la *causa de la civilización* (finalidades que nunca parecían estar en conflicto) que se mantuviera en su integridad la independencia del Estado Oriental”.

El 22 escribe Rosas a Nicolás Anchorena: “Los salvajes unitarios, enemigos de Dios y de los hombres, siguen con su asquerosa inmundicia guerra embriagados en la protección que por una sacrílega conveniencia mal entendida le acuerdan los extranjeros. Tanto han hecho aquéllos, éstos que al fin quizá no esté lejano el tiempo en que cansado el Cielo Santo, no haya quien pueda contener una degollación tremenda de unos y otros”.

Expulsión de los jesuitas (22 de marzo de 1843).

El largo conflicto del gobernador con la Compañía de Jesús quedó resuelto el 22 de marzo de 1843 con una medida drástica: el jefe de policía Victorica —por orden de Rosas— expulsa de Buenos Aires a los 18 jesuitas no secularizados que quedaban. Se cumple el 29, yéndose los padres a Montevideo.

La Compañía había sido llamada por Rosas, al asumir el segundo gobierno²⁵. El 9 de agosto de 1836 desembarcaron los cinco primeros sacerdotes encabezados por el padre Berdugo, recibidos poco menos que en triunfo. Su llegada, según Irazusta, ocurrió “entre repiques de campana, lluvia de flores, estallido de cohetes”. Visitaron a Rosas con la divisa punzó, y ofrecieron un *tedium* en acción de gracias. Se hicieron cargo —por decreto del gobierno— de la iglesia de San Ignacio (que les había pertenecido antes de la expulsión), y de un colegio con cátedras de gramática latina, retórica, filosofía, teología, cánones, derecho natural y de gentes, derecho civil, derecho público eclesiástico y matemáticas (7 de diciembre de 1836).

La Compañía, oficialmente admitida, venía a ser un poder dentro de otro poder demasiado celoso como era el gobierno de Rosas. Las disposiciones que hacían de la iglesia una cooperadora del sistema de federación, fueron orilladas. Entre otras cosas, un sacerdote del clero secular rezaba las preces “federales” en la iglesia de la Compañía²⁶.

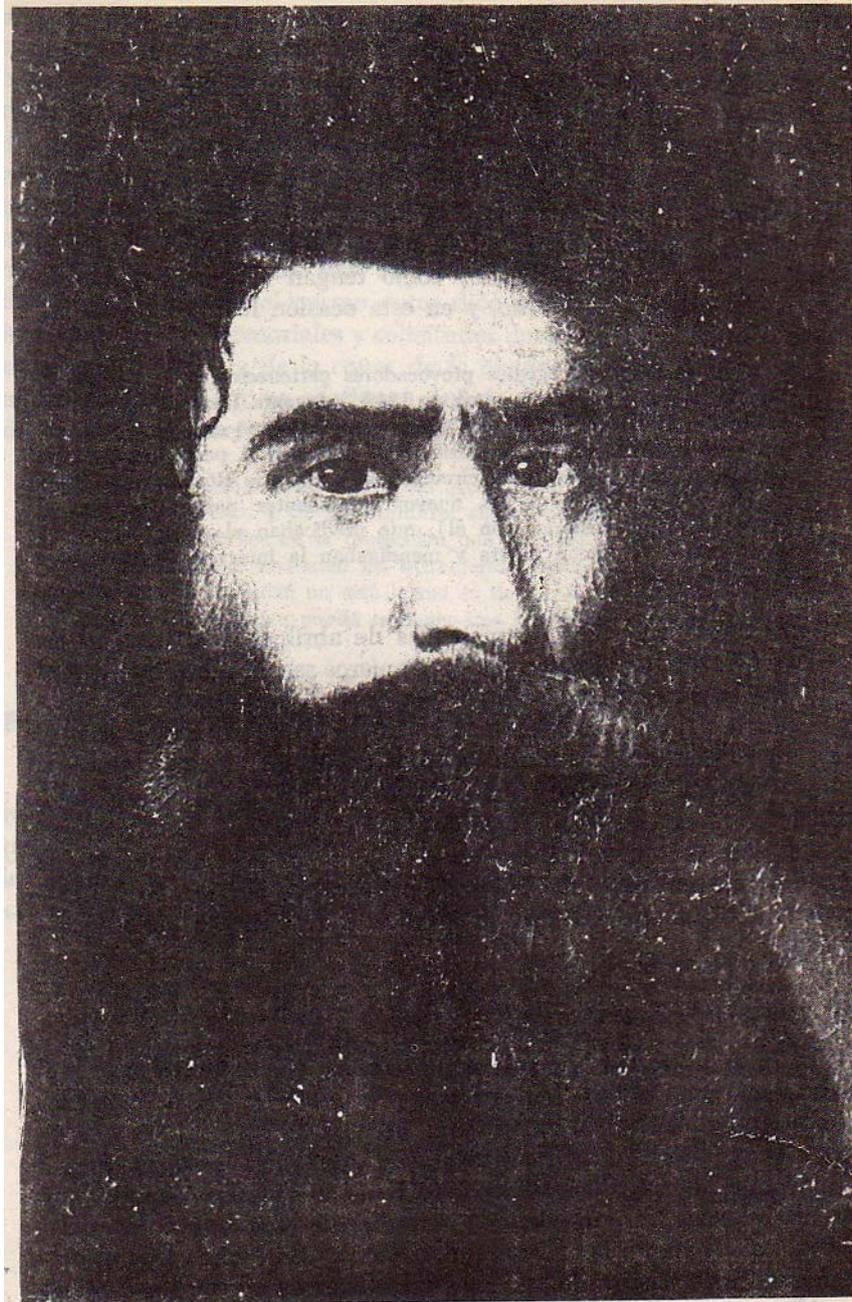
Al poco tiempo llegaron más sacerdotes, que en 1840 eran 39. Su acción, como era el propósito de la Compañía, se dirigía a los jóvenes de la clase principal; el colegio era un internado solamente accesible a los estudiantes de recursos; las familias que frecuentaba el padre Berdugo, superior del colegio, y la mayoría de los padres, pertenecían a la oposición unitaria. Sólo dos de sus integrantes —Francisco Majesté e Ildelfonso García— equilibraban el cometido tratando a los federales.

La Compañía se puso al tono de la clase social donde buscaba influencia; en el colegio no se pronunciaba la palabra “federación” ni se admitía la divisa partidaria, y San Ignacio se convirtió en un reducto de unitarios. Eso fue creando animosidades.

La intervención francesa de 1838 acabó por indisponerlos. Su marcha era “gambetera” decía Rosas (les repitió Manuelita “que no andaban de frente”). En San Ignacio —la parroquia que correspondía al domicilio de Rosas— no se hacían “funciones federales” ni el retrato del gobernador era llevado al presbiterio. Cuando se descubrió la conspiración Maza, fue la sola iglesia en no rezar una misa cantada con el correspondiente sermón “federal”; tampoco el padre Berdugo felicitó a Rosas públicamente, como lo hizo todo el clero.

²⁵ La invitación de Rosas, explicada en los considerandos del decreto que restablece la Compañía, era el estado de la enseñanza que a su juicio no podía mantenerse en manos de “logistas” y personas sin fe religiosa.

²⁶ El obispo Medrano, exhortado por el gobierno, ordenó desde 1836 que los sacerdotes al acabar las pláticas religiosas, aun los panegíricos, hablasen de la necesidad de “sostener y defender la causa federal”. Éstas eran las *preces*.



CIRIACO GUTTINO
Óleo de Prilidiano Pueyrredón. Museo Histórico Nacional.

La conducta no era abiertamente antifederal, pero no eran tiempos de guardar neutralismo. Querían tener y mantener una influencia en la clase principal, y para eso necesitaban desentenderse del tono vibrantemente plebeyo que rodeaba al gobierno. Mientras Majesté y García exteriorizaban su federalismo fuera del colegio, el superior lamentaba en el recato de las casas unitarias que no volviesen los buenos tiempos de la gente “decente”. Por supuesto, nada quedó oculto a Rosas cuya policía había llegado a ser eficientísima debido a la situación internacional. Alguna vez les aconsejó — cuenta el padre Pérez, historiador de la Compañía que no oculta su despecho antirrosista— “tengan cuidado de proceder de un modo enteramente federal, porque de otra manera, acaso no podría contener a los federales, y yo mismo, incomodado, podría proferir algunas expresiones contra ustedes, que los irritarían más”; otra repetiría a Berdugo su máxima política *el que no está conmigo está contra mí*, advirtiéndole “soy tanto mejor para amigo, cuanto terrible como enemigo”.

No era posible guardar prescindencia en una situación revolucionaria, y el equilibrio de los jesuitas acabó por indisponerlos con Rosas. Debe decirse, en su explicación, que los sacerdotes no eran argentinos sino es pañoles, no se consideraban ligados con el federalismo sino con las constituciones de su Compañía, y su acción educativa iba a la clase social enemiga de Rosas. El error estaba más en Rosas por haberlos traído, que en ellos por mantenerse fuera del tono general del país.

En 1841 los jesuitas tuvieron una conducta vacilante en las manifestaciones de desagravio por la “máquina infernal”. Eran los directores espirituales de las familias unitarias, y ningún federal —lo diría Mariño al rehusarse a asistir a una boda celebrada en San Ignacio— pisaba su Iglesia “para no rozarse con los salvajes inmundos unitarios”. En octubre hubo manifestaciones populares por el triunfo de Famailá, y se oyeron gritos contra los “jesuitas, salvajes unitarios ingratos”. Algunas familias retiraron sus hijos del colegio temiendo un asalto, porque se vieron pasquines con jesuitas colgados de horcas. Berdugo se ocultó, y el 20 escapó a Montevideo; el colegio, dirigido ahora por el padre González, seguirá una existencia precaria. Otros sacerdotes se fueron del país. Rosas les dio pasaportes, lamentando que “el Superior se fue fugado sin pedirlo, para acreditar más su decisión por los salvajes unitarios, su ingratitud y su perfidia”.

La expulsión de los jesuitas ocurrirá por un conflicto entre el padre Majesté con su coadministrador de San Ignacio, el padre Cabeza. Aquél, que había tomado el lado federal, pidió al padre Berdugo (que residía en Montevideo) la dimisoria de la Compañía; el padre Cabeza, molesto con su colega por esa defección, pidió a su vez a Rosas, en un tono altanero, que lo desligue de seguir “con quien ya no es jesuita”. La respuesta fue el pasaporte, el 22 de marzo, para los 18 jesuitas que quedaban en Buenos Aires, excluyéndose a Majesté y a Díaz.

En Montevideo, desde el colegio que instaló allí el padre Berdugo, su conducta no fue ecuánime. El libro del padre Pérez, *La Compañía de Jesús restaurada en la Argentina, Chile, Uruguay y Brasil*, es una diatriba contra Rosas que recoge los infundios de las *Tablas de sangre* de Rivera Indarte. Deben exceptuarse los padres Majesté y Díaz que, secularizados, regentearían en Buenos Aires el *Colegio Republicano Federal*.

El colegio de Berdugo en Montevideo, que pretendió ser un centro de antirrosismo (se le atribuye la prédica en 1844 contra el *monstruo Rosas* “que vejaba la religión”), no duró mucho. Debía allanarse al “tono” de la ciudad, y los jesuitas tampoco pudieron hacerlo. No por motivos políticos, como en Buenos Aires, sino por ortodoxia religiosa: el dueño de la ciudad era el inglés Samuel Lafone, y cuenta el padre Pérez en su historia citada, que quiso repartir biblias protestantes a los alumnos. Era demasiado. Los jesuitas debieron irse a Brasil y Paraguay (que en 1842 había declarado su independencia) donde Carlos Antonio López los recibió como “simples sacerdotes” haciéndoles pasar muchas humillaciones²⁷. También estuvieron en Chile, pero “secularizados”.

El general de la Compañía no admitió la secularización, consentida por Berdugo, y hacia 1847 se produjo un reflujo de jesuitas que volvieron de Chile a las provincias argentinas. Rosas los había expulsado solamente de Buenos Aires, y consintió se instalasen en el interior respetando a las autonomías provinciales. Su centro fue Córdoba (que los reconoció por una ley especial), y tuvieron colegios en Mendoza, San Juan, Catamarca, Tucumán y Salta.

Así, Rosas en 1845, al decidirse la intervención europea, se había echado en contra dos enemigos internacionales de enorme poder que no perdonaron medios para combatirlo: la masonería y la Compañía de Jesús. Ambas cooperaron a la campaña de infundios.

REFERENCIAS

a) documentales:

- Archivo General de la Nación, *Archivo del general Tomás Guido*.
— *Gran Bretaña 1837-1841*, min. M. Moreno.
— *Francia 1841-1852*, min. Sarratea.
— *Gran Bretaña 1842-1852*, min. M. Moreno.
— *Secretaría de Rosas*.
— *Correspondencia con el general M. Oribe*.
J. ELLAURI, *Correspondencia diplomática del Dr....* (1838-1850).
J. IRAZUSTA, *Vida de D. Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia* (t. 3º, 1840-1843).
G. F. RODRÍGUEZ, *Contribución histórica y documental* (t. 3º).
Rasgos de la vida pública de S.E. D. Juan Manuel de Rosas (publicación oficial).

b) periódicos:

- La Gaceta Mercantil* (Buenos Aires).
El Nacional (Montevideo).

c) memorias:

- P. FERRÉ, *Memoria del Brig. Gen. don...*
J. GARIBALDI, *Memorias* (hay edición española con el título “Mi lucha por la libertad”).
F. GUIZOT, *Mémoires pour servir à l'histoire de mon temps* (t. 8º).

²⁷ El padre jesuita Pérez tuvo un entredicho con el obispo de Asunción y expresó que “apelaría a la jurisdicción eclesiástica”. Indignado López de mencionarse una jurisdicción fuera de Paraguay dispuso de su puño y letra: “*Jure y declare el atrevido jesuita qué tribunal es ése a quien se refiere en sus protestas*”.

- G. A. DE LAMADRID, *Memorias* (t. 2º).
J. M. PAZ, *Memorias póstumas* (t. 3º).

d) citas bibliográficas:

- E. ACEVEDO, *Historia de la R. O. del Uruguay* (t. 3°).
E. BOURGEOIS, *Manuel historique de pelitique étrangère*.
J. F. CADY, *La intervención extranjera en el Río de la Plata* (1838-1850).
M. M. CERVERA, *Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe* (t. 2°).
ANTONIO DÍAZ, *Historia política y militar de las repúblicas del Plata*.
M. GÁLVEZ, *Vida de D. Juan Manuel de Rosas*.
J. GORDON, *Lord Aberdeen*.
C. IBARGUREN, *Juan Manuel de Rosas*.
J. MAC CARTHY, *A short history of our own time*.
J. MORLY, *Life of Cobden*.
A. O. ORIBE, *Brigadier General Don Manuel Oribe*.
J. M. RAMOS MEXÍA, *Rosas y su tiempo*.
J. A. SOARES DE SOUZA, *El vizconde de Uruguai*.
A. SALDÍAS, *Historia de la Confederación Argentina*.
A. ZINNY, *Extracto de la Gaceta Mercantil* (t. 3°, 1842-1852).
— *Historia de los gobernadores*.

EL BIBLIOTE.COM